

BENITO PEREZ GALDOS

episodios nacionales para niños



ZARAGOZA

3

EXCMAS. MANCOMUNIDADES PROVINCIALES
DE CABILDOS DE LAS PALMAS Y SANTA CRUZ DE TENERIFE
ISLAS CANARIAS

1975

Canarias

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE G. CANARIA
N.º Documento <u>159065</u>
N.º Copia <u>399162</u>

**EPISODIOS NACIONALES
PARA NIÑOS**



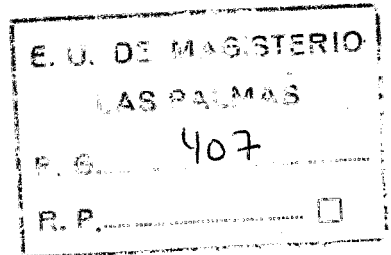
*Obsequio del Cabildo
Junio 1978*

BENITO PEREZ GALDOS

**EPISODIOS NACIONALES
PARA NIÑOS**



ZARAGOZA



3

EXCMAS. MANCOMUNIDADES PROVINCIALES
DE CABILDOS DE LAS PALMAS Y SANTA CRUZ DE TENERIFE
ISLAS CANARIAS

1975

1.^a edición: mayo de 1974
2.^a edición: mayo de 1975

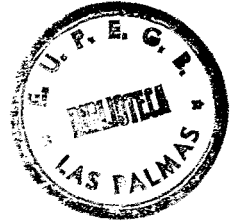
© Excmo. Cabildó Insular de Gran Canaria

Las Palmas de Gran Canaria

Depósito Legal: TF. 414 - 1975
ISBN: 84-500-6747 - 2
ISBN: 84-500-6750 - 2

Impreso por Litografía A. Romero, S. A.
Avda. Angel Romero, s / n
Santa Cruz de Tenerife

Printed in Spain



I

Me parece que fue al anochecer del 18 de diciembre cuando avisamos a Zaragoza. Entrando por la puerta de Sancho, oímos que daba las diez el reloj de la Torre Nueva. Nuestro estado era excesivamente lastimoso en lo tocante a vestido y alimento, porque las largas jornadas que habíamos hecho por Santo Domingo de la Calzada (1), Logroño, y todo el camino real que va por la orilla izquierda del Ebro, nos molieron y extenuaron horrorosamente. El día de la evasión reuníamos entre los tres un capital de once reales; pero al entrar en la metrópoli aragonesa hicimos un balance y arqueo de la caja social y nuestras cuentas sólo arrojaron un activo de treinta y un cuartos. Compramos pan junto a la Escuela Pía y nos lo distribuimos.

Uno de mis compañeros era *gato de Madrid* y tenía en Zaragoza dos primos sombrereros; el otro era un viejo, que en la Corte trabajaba en librería de viejo, gran lector de papeles públicos y algo masón, según se decía. Llamábase don Roque, y como aragonés tenía buenas relaciones en Zaragoza; pero aquella no era hora de presentarnos a nadie. Aplazamos para el día siguiente el buscar amigos y como no podíamos alojarnos en una posada discurrimos por la ciudad buscando un abrigo donde pasar la noche.

Recorrimos el Coso desde la casa de los Gigantes hasta el Seminario; nos metimos por la calle Quemada y la del Rincón, ambas llenas de ruinas, hasta la plazuela de San Miguel, y de allí, atravesando al azar angostas e irregulares vías, nos encontramos junto a las ruinas del Monasterio de Santa Engracia, volado por los franceses en el primer sitio. Los tres lanzamos una misma exclamación, que indicaba la conformidad de nuestros pensamientos. Habíamos encontrado un asilo y excelente alcoba donde pasar la noche.

La pared de la fachada continuaba en pie, con su pórtico de mármol poblado de figuras de santos, que permanecían enteros y tranquilos como si ignoraran la catástrofe. En el interior vimos arcos incom-

(1) Antes de Santo Domingo de la Calzada, hay un nombre propio completamente ilegible (N. del E.).

pletos, machones colosales, irguiéndose aún entre los escombros. Destacábanse negros y deformes sobre la claridad del espacio, semejantes a criaturas absurdas, engendradas por una imaginación en delirio; vimos recortaduras, ángulos, huecos, laberintos, cavernas y otras mil obras de esa arquitectura del acaso trazada por el desplome. Había pequeñas estancias abiertas entre los pedazos de la pared, con un arte semejante al de las grutas en la naturaleza. Los trozos de retablo, podridos a causa de la humedad, asomaban entre los restos de la bóveda, donde aún subsistía la roñosa polea que sirvió para suspender las lámparas, y precoces yerbas nacían entre las grietas de la madera y del ladrillo. El techo se confundía con el suelo, y la torre mezclaba sus despojos con los del sepulcro. La informe osamenta parecía palpitar con el estremecimiento de la voladura (2).

Don Roque nos dijo que bajo aquella iglesia había otra, donde se veneraban los huesos de los Santos Mártires de Zaragoza; pero la entrada del subterráneo estaba obstruida. Al internarnos, oímos voces humanas que salían de aquellos antros misteriosos, y el resplandor de una llama que iluminó parte de la escena nos permitió distinguir un grupo de personas que se abrigaban unas contra otras en el hueco formado entre dos machones derruidos. Eran mendigos de Zaragoza, que se habían arreglado un palacio en aquel sitio, resguardándose de la lluvia con vigas y esteras. También nosotros nos pudimos acomodar por otro lado y tapándonos con manta y media llamamos al sueño. Don Roque me decía así:

—Yo conozco a Don José de Montoria, uno de los labradores más ricos de Zaragoza. Ambos somos hijos de Mequinzenza, fuimos juntos a la escuela y juntos jugábamos al truco en el altillo del correidor. Aunque hace treinta años que no lo veo, creo que nos recibirá bien. Como buen aragonés, todo él es corazón. Nos presentaremos a Montoria, le diremos...

Durmióse don Roque y también me dormí.

El lecho en que yacíamos no convidaba por sus blanduras a dormir perezosamente la mañana; antes bien, colchón de cascote hace buenos madrugadores. Despertamos, pues, con el día, y como no teníamos que entretenernos en melindres de tocador, bien pronto estuvimos en disposición de salir a hacer nuestras visitas. Pensando en esto, vimos salir a dos hombres y una mujer de los que fueron durante la noche nuestros compañeros de posada, y parecían gente habituada a dormir en aquel lugar. Uno de ellos era un infeliz lisiado, con me-

(2) En el original está tachado «osamenta parecía palpitar con el estremecimiento de la voladura» (N. del E.).

nos de pierna y media, pues la una terminada en pata de palo, la otra en la rodilla. Se ponía en movimiento con ayuda de muletas; era viejo, de rostro jovial y muy tostado por el sol. Como nos saludara afablemente al pasar, dándonos los buenos días, don Roque le preguntó hacia qué parte de la ciudad caía la casa de don José de Montoria, oyendo lo cual repuso el cojo:

—¿Don José de Montoria? Le conozco más que a las niñas de mis ojos. Hace veinte años vivía en la calle de Albardería; después se mudó a la de la Parra; después... Pero ustedes son forasteros, por lo que veo. Según eso, ¿no estaba usted aquí el 4 de agosto?

—No, amigo —le respondí—, no hemos presenciado ese gran hecho de armas.

—¿Ni vieron tampoco la batalla de las Eras?

—Tampoco hemos tenido esa felicidad.

—Pues allí estuvo don José Montoria: fue de los que llevaron arrastrando el cañón hasta enfilarlo..., pues. Veo que ustedes no han visto nada. ¿De qué parte del mundo vienen ustedes?

—De Madrid —dijo don Roque—. ¿Con que usted nos podrá decir dónde vive mi gran amigo?

—¡Otra!, ¿pues no he de poder, buen hombre? —repuso el cojo, sacando un mendrugo para desayunarse—. De la calle de la Parra se mudó a la de Enmedio. Ya saben ustedes que todas las casas volaron..., pues. Allí estaba Esteban López, soldado de la décima compañía del primer tercio de voluntarios de Aragón, y él sólo, con cuarenta hombres, rechazó a los franceses.

—¡Eso sí que es cosa admirable!

—Pero si no han visto ustedes los del 4 de agosto no han visto nada —continuó el mendigo—. Yo vi también lo del 4 de junio, porque me fui arrastrando por la calle de la Paja, y vi a la *artillera* cuando dio fuego al cañón de 24.

—Ya, ya tenemos noticia del heroísmo de esa insigne mujer —dijo don Roque—. Pero si usted nos quisiera decir...

—Pues, sí: don José de Montoria es muy amigo del comerciante don Andrés Gúspide, que el 4 de agosto estuvo haciendo fuego desde la visera del callejón de la Torre del Pino, y por allí llovían granadas, balas, metralla, y mi don Andrés, fijo como un poste. Más de cien muertos había a su lado, y él sólo mató cincuenta franceses.

—Gran hombre. ¿Y es amigo de mi amigo?

—¡Otra, qué Dios! Amigos son y los mejores caballeros de Zaragoza, y me dan limosna todos los sábados. Porque han de saber ustedes que yo soy Pepe Pallejas, y me llaman, por mal nombre, *Sursum Corda*, como que fui hace veintinueve años sacristán de Jesús, y cantaba...

pero esto no viene al caso. Pues, como iba diciendo, el día 4 de agosto estaba yo pidiendo en San Miguel, y vi salir de la iglesia a Francisco Quílez, sargento primero de la primera compañía del primer batallón de fusileros, el cual ya saben ustés que fue el que con treinta y cinco hombres echó a los bandidos del Convento de la Encarnación... Veo que se asombran ustés..., ya. ¿No saben ustés nada de esto?

—No, amigo y señor mío —dijo don Roque—; nada de esto sabemos, y aunque tenemos el mayor gusto en que usted nos cuente tantas maravillas, lo que ahora más nos importa es saber...

—Ahora mismo, ahora mismo... Pero antes les quiero decir una cosa, y es que si don Mariano Cereso no hubiera defendido la Aljafería como la defendió nada se hubiera hecho en el Portillo. ¡Y que es hombre de mantequillas, en gracia de Dios, el tal don Mariano Cereso! En la del 4 de agosto andaba por las calles con su espada y rodela antigua, y daba miedo verle. Esto de Santa Engracia paecía un horno, señores. Las bombas y las granadas llovían; pero los patriotas no les hacían más caso que si fueran gotas de agua. Una buena parte del convento se desplomó... Don Antonio Quadros embocó por allí, y cuando miró a las baterías francesas se las quería comer. Los bandidos tenían sesenta cañones echando fuego sobre estos paredes. ¿Ustés no lo vieron? Pues yo sí, y los pedazos del ladrillo de las tapias y la tierra de los parapetos salpicaban como miajas de un bollo. Pero los muertos servían de parapeto, y muertos arriba, muertos abajo, aquello era mortandá de Dios. Don Antonio Quadros echaba llamas por los ojos.

«Cayó otro pedazo de convento, y mi hombre dijo que aquello no importaba nada, y viendo que la artillería de los bandidos había abierto un gran boquete en el muro fue a tapanlo él mismo con una saca de lana. Entonces una bala le dio en la cabeza. Retiráronle aquí; dijo que tampoco aquello era nada, y expiró.

—¡Oh! —exclamó don Roque, bostezando—. Estamos encantados, y el más puro patriotismo nos inflama oyendo... Pero señor *Sursum*, por la Virgen del Pilar, mire que estamos muertos, estamos locos.

—Para muertos y locos aquel día. ¿Ustés no vieron lo del hospital? Pues yo sí: allí caían las bombas como el granizo. Los enfermos, viendo que los techos se les venían encima, se arrojaban por las ventanas a la calle. Otros se iban arrastrando y rodaban por las escaleras. Ardían los tabiques; oíanse lamentos, y los locos mugían en sus jaulas como fieras rabiosas. Otros se escaparon y andaban por los claustros, riendo, bailando y haciendo mil gestos que daban espanto. Algunos salieron a la calle como en día de Carnaval, y uno se subió a la cruz del Coso, donde se puso a sermonear diciendo que él era el Ebro, y que anegando la ciudad iba a sofocar el fuego... La Torre Nueva hacía se-

ñales para que se supiera cuándo venía una bombica; pero el gritar de la gente no dejaba oír las campanas. Los franceses avanzan por esta calle de Santa Engracia; se apoderan del hospital y del convento de San Francisco; empieza la guerra en el Coso y en las calles de por allí. Don Santiago Sas, don Mariano Cereso, don Lorenzo Calvo, don Marcos Siminó, Renovales, el albéitar Martín Albantos, Vicente Codé, don Vicente Marraco y otros, atacan a los franceses a pecho descubierto, y detrás de una barricada hecha por ella misma, les aguarda, llena de furor, su fusilico en mano, la condesa de Bureta.

—¡Cómo!, ¡una dama, una condesa, levantaba barricadas y disparaba fusiles?... Es hermoso, es sublime... Pero, ¡cuánto gozaríamos oyendo contar esas hazañas con el estómago lleno!... Con que, ¿decía usted que la casa de Montoria cae hacia?...

—Hacia allá. Ya vamos, ya —dijo el lisiado poniendo en movimiento sus tres remos, pato de palo y muletas—. ¿Ven ustés esta casa? Pues aquí vive Antonio Laste, sargento primero de la compañía del cuarto tercio, y ya sabrán que salvó de la Tesorería los diez y seis mil cuatrocientos pesos, y quitó a los franceses la cera que habían robado.

—Adelante, adelante, amigo.

—Pronto llegaremos. Por aquí iba yo en la mañana del 1.º de julio cuando encontré a Hilario Lafuente, cabo primero de la compañía de escopeteros del presbítero Sas, y me dijo: «Hoy van a atacar el Portillo». Entonces yo me fui a ver lo que había y...

—Ya estamos enterados de todo...

—Esta casa que ven ustés toda quemada y hecha escombros es la que ardió el día 4, cuando don Francisco Ipas...

—Ya sabemoslo demás, ya lo sabemos...

—Pero mucho mejor fue lo que hizo Codé, labrador de la parroquia de la Magdalena, con el cañón de la calle de la Parra —continuó el mendigo, deteniéndose otra vez—. Pues al ir a disparar, los franceses se echan encima. Huyen todos; Codé se mete debajo del cañón; pasan los franceses sin verlo, y después, ayudado por una vieja que le dio una cuerda, arrastra la pieza hasta la boca-calle. Vengan ustés y les enseñaré.

—No queremos ver nada: adelante...

Tanto le azuzamos, y con tanta obstinación cerramos nuestros oídos a sus historias que, al fin, aunque muy despacio, nos llevó por el Coso y el mercado a la calle de la Hilarza, donde la persona a quien queríamos ver tenía su casa.



EL MENDIGO CHARLATAN

II

Pero, ¡ay!, don José de Montoria no estaba en ella y nos fue preciso buscarle en los alrededores de la ciudad. El más joven de mis compañeros, aburrido de tantas idas y venidas, se separó de nosotros, y fue en busca de sus primos los sombrereros, que vivían en el Coso. Nos quedamos solos don Roque y un servidor, y así emprendimos con más desembarazo el viaje a la *torre* del señor Montoria, situada a poniente, lindando con el camino de Muela y a poca distancia de la Bernardona. Un paseo tan largo a pie y en ayunas no era lo más satisfactorio para nuestros fatigados cuerpos; pero nos dimos por bien servidos encontrando al deseado zaragozano.

Ocupábase éste, cuando llegamos, en talar los frondosos olivos de su finca, porque así lo exigía el plan de obras de defensa establecido por los jefes facultativos ante la inminencia de un segundo sitio.

—En el primero —nos dijo— talé la heredad que tengo al lado allá de la Huerva; pero este segundo asedio que se nos prepara dicen que será más terrible que aquél, a juzgar por el gran aparato de tropas que traen los franceses.

Acto continuo, don Roque pasó a hacer elogios de mi personalidad, militar y civilmente considerada, y de tal modo se le fue la mano en este capítulo que me hizo sonrojar, mayormente considerado que algunas de sus afirmaciones eran estupendas mentiras. Díjole primero que yo pertenecía a una de las más alcurniadas familias de la *baja Andalucía en tierra de Doñana*, y que había asistido al glorioso combate de Trafalgar en clase de guardia marina. Añadió que mis proezas en la batalla de Bailén, a la que asistí como voluntario, andarían pronto en papeles, y que yo era gran patriota, buen escritor con mis ribetes de poeta. Examinándome de pies a cabeza, Montoria me dijo:

—¡Porra! No le podré afiliar a usted en la tercera escuadra de la compañía de escopeteros de don Santiago Sas, de cuya compañía soy capitán; pero entrará en el Cuerpo en que está mi hijo. Y a usted, don Roque, amigo mío, puesto que no está para coger el fusil, ¡porra!, le haremos practicante en los hospitales del ejército.

Luego que esto oyó don Roque, expuso con graciosas elipsis la gran necesidad en que nos encontrábamos, y lo bien que recibiríamos sendas magras y un par de panes cada uno. Frunció el ceño el gran Montoria, mirándonos de un modo severo... Temblamos; creímos que íbamos a ser despedidos por la osadía de pedir de comer. Balbucimos tímidas excusas, y nuestro protector, con rostro encendido, nos habló así:

—¿Con que tienen hambre? ¡Porra, váyanse al demonio con cien mil pares de porras! ¿Y por qué no lo habían dicho? ¿Con que yo soy hombre capaz de consentir que los amigos tengan hambre, porra? Sepan que tener necesidad y no decírmelo en mi cara sin retruécanos es ofender a un hombre como yo. Ea, muchachos, entrad adentro y mandar que frían obra de cuatro libras de lomo, y que estrellen dos docenas de huevos y que maten seis gallinas, y saquen de la cueva siete jarros de vino, que yo también quiero almorzar. Vengan todos los vecinos, los trabajadores y mis hijos, si están por ahí. Y ustedes, señores, prepárense a hacer penitencia conmigo. ¡Nada de melindres, porra! Comerán de lo que hay, sin dengues ni bobadas. Aquí no se usan cumplidos. Usted, señor don Roque, y usted, señor de Araceli, están en su casa hoy y mañana y siempre, ¡porra! Todo lo que tiene José de Montoria es de sus amigos.

La ruda generosidad de aquel insigne varón nos tenía anonadados. Cuando nos retirábamos a la ciudad, llevónos Montoria a examinar las obras defensivas en aquella parte occidental, Portillo, tapias de la Feceta y Agustinos Descalzos, Trinitarios, Eras, Sepulcro. Estas obras, como hechas a prisa, no se distinguían por su solidez. Zaragoza, comparada con Amberes, Dantzig, Metz, Sebastopol, Cartagena, Gibraltar y otras célebres plazas fuertes tomadas o no, era entonces una fortaleza de cartón. Y, sin embargo...

En su casa, Montoria se enfadó otra vez con don Roque y conmigo porque no quisimos admitir el dinero que nos ofrecía para nuestros primeros gastos en la ciudad; y aquí se repitieron los puñetazos en la mesa y la lluvia de *porras* y otras palabras que no cito. Era don José un hombre de sesenta años, fuerte, colorado, rebosando salud, bienestar, contento de sí mismo, conformidad con la suerte y conciencia tranquila. Lo que le sobraba en costumbres patriarcales y (si es que esto puede estar de sobra en algún caso), le faltaba en gazmoñerías y refinamientos de palabra. No conocía los artificios de la etiqueta, y por carácter y por costumbres, era refractario a la mentira discreta, y a los amables embustes que constituyen la base fundamental de la cortesía.

Desconocía el disimulo, poseía las grandes virtudes cristianas en crudo y sin pulimento, como un macizo canto del más hermoso mármol, donde el cincel no ha trazado una raya siquiera. Perdonaba ofensas, agradecía los beneficios y daba parte de sus cuantiosos bienes a los menesterosos.

Vestía con aseo, comía con buen diente, ayunando con todo escrúpulo los viernes de Cuaresma, y amaba a la Virgen del Pilar con fanático amor de familia. Su lenguaje no era, según se ha visto, un

modelo de comedimiento, y él mismo confesaba como el mayor de sus defectos lo de soltar a todas horas *porra* y más *porra*, sin que viniese al caso; pero más de una vez le oí decir que, conecedor de la falta, no la podía remediar, porque aquella de las *porras* le salía de la boca sin que él mismo se diera cuenta de ello.

Tenía mujer y tres hijos. Era aquella doña Leocadia Sarriera, navarra de origen. De los vástagos, el mayor y la hembra estaban casados y habían dado a los viejos algunos nietos. El más pequeño de los hijos llamábase Agustín y era destinado a la Iglesia. A todos les conocí en el mismo día, y eran la mejor gente del mundo.

—Señor don Roque —dije aquella noche a mi compañero cuando nos acostábamos en el cuarto que nos destinaron—, yo jamás he visto gente como ésta. ¿Son así todos los aragoneses?

—Hombres de la madera de don José de Montoria —me respondió— y familias como esta familia, abundan mucho en la tierra de Aragón.

Al siguiente día nos ocupamos de mi alistamiento. Harto sabéis, amados niños, que en aquellos días Zaragoza y los zaragozanos habían adquirido un renombre fabuloso, y que todo lo referente al sitio famoso de la inmortal ciudad, tomaba en boca de los narradores las proporciones y el colorido de un romance de los tiempos heroicos. Con la distancia, las acciones de los zaragozanos adquirían dimensiones mayores aún, y en Inglaterra y en Alemania, donde se les consideraba como los numantinos de los tiempos modernos, aquellos paisanos medio desnudos, con alpargatas en los pies y un pañuelo arrollado en la cabeza, eran figuras de coturno. *Capitulad y os vestiremos* —decían los franceses en el primer sitio, admirados de la constancia de unos pobres aldeanos vestidos de harapos—. *No sabemos rendirnos* —contestaban—, y *nuestras carnes sólo se cubren de gloria*.

Estas y otras frases habían dado la vuelta al mundo.

Alistado fui en el batallón de *Peñas de San Pedro*, bastante merchado en el primer sitio, y me dieron un uniforme y un fusil. En el mismo batallón servía el hijo segundo de don José de Montoria, llamado Agustín. La suerte me deparaba un buen compañero y un excelente amigo.

Desde el día de mi llegada oí hablar de la aproximación del ejército francés; pero esto no fue un hecho hasta el 20. Por la tarde, una división llegó a Zuera, en la orilla izquierda, para amenazar el Arrabal; otra, mandada por Suchet, acampó en la derecha sobre San Lamberto. Moncey, que era el general en jefe, situóse con tres divisiones hacia el Canal y en las inmediaciones de la Huerva. Cuarenta mil hombres nos cercaban.

Impacientes por vencernos, los franceses comenzaron sus operaciones el 21, desde muy temprano, embistiendo con gran furor y simultáneamente el monte Torrero y el Arrabal de la izquierda del Ebro, puntos sin cuya posesión era excusado pensar en someter la valerosa ciudad; pero si bien tuvimos que abandonar a Torrero, por ser peligrosa su defensa, en el Arrabal desplegó Zaragoza tan temerario arrojo que es aquel día uno de los más brillantes de su brillantísima historia.

A las cuatro de la madrugada, el batallón de las *Peñas de San Pedro* fue destinado a guarnecer el frente de fortificaciones desde Santa Engracia hasta el convento de Trinitarios. Algunas compañías tenían nuestro vivac en una huerta inmediata al Colegio del Carmen. Agustín Montoria y yo no nos separábamos, porque su apacible carácter, el afecto que me mostró desde que nos conocimos, y la conformidad, la dulce armonía de nuestras ideas, me hacía muy agradable su trato. Era un joven de hermosa figura, ojos grandes y vivos, despejada frente y cierta gravedad melancólica en su fisonomía. Su corazón, como el del padre, estaba lleno de aquella generosidad que se desbordaba al menor impulso.

Ya dije que le dedicaban a la Iglesia, y añadido ahora que la vocación eclesiástica de mi amigo era una vana ilusión de la familia. Esta, como los buenos Padres del Seminario, no lo comprendían así, ni lo comprendieran aunque bajara a decírselo el Espíritu Santo en persona. El precoz teólogo, el dialéctico que en los ejercicios semanales dejaba atónitos a los maestros con la intelectual gimnasia escolástica, no tenía más vocación para el sacerdocio que la que tuvo Mozart para la guerra, Rafael para las matemáticas o Napoleón para el baile.

III

Largos y sabrosos coloquios entablábamos Agustín y yo en los ratos de descanso. El generoso y noble amigo, a los dos días de intimidad, mostraba totalmente su corazón, y me abría el arca de sus pensamientos. Sus primeras confidencias fueron hasta melancólicas. Temía la muerte; sentíase amarrado a la vida con fuertes lazos... Entre mil prolijas frases de amarga incertidumbre, recuerdo ésta: «Franca-mente, Gabriel, yo no quisiera morir en este terrible cerco que nos han puesto los franceses. En el otro sitio también tomamos las armas todos los alumnos del Seminario, y te confieso que estaba yo más valiente que ahora. No sé qué fuego enardecía mi sangre, y me lanzaba a los

puestos de mayor peligro sin temer la muerte. Hoy no me pasa lo mismo: estoy medroso, y el disparo de un fusil me hace estremecer».

Adiviné, la causa de esta singular turbación del ánimo, y antes de que yo la dijese, desbordóse la sinceridad de mi amigo contándome su *Cuento de Hadas*, que también él lo tenía, y de los más espiritados y candorosos. Amaba con pura idealidad a una doncellita, de cuya hermosura y angelical modestia me hizo un retrato descriptivo de líneas vaporosas y célicos matices. Avido de comunicar al amigo sus cuitas y ansiedades, me dijo que el nombre de ella era María. Tenía por padre a un ogro, circunstancia muy del caso en cuentos de tal naturaleza, y este ogro era un don Jerónimo Candiola, mallorquín, habitante en la calle de Antón Trillo, cerca de la *Torre Nueva*. Así llaman en Zaragoza a la esbeltísima y afiligranada torre, que se inclina de un lado como si dijera: *me inclino, pero no me caigo*, uno de los monumentos más característicos de la capital de Aragón.

Pues señor, si Agustín me pintó a Mariquilla (así solía nombrarla) con rosados colores, en la pintura del ogro empleaba las más oscuras tintas. *El tío Candiola*, como llamaba el vulgo al ogro de la calle de Antón Trujillo, tenía en su casa un sótano lleno de dinero. Era el monstruo de la usura, y al pobre acreedor que en sus garras caía le sacaba las entrañas. En Zaragoza nadie le podía ver, por su falta de patriotismo. A muchos pobres metió en la cárcel después de arruinarlos. Además, en el otro sitio no dio un cuarto para la guerra, ni tomó las armas, ni recibió heridos en su casa, ni le pudieron sacar una peseta; y como un día dijera que a él lo mismo le daba Juan que Pedro, en un tris estuvo que le arrastraran los patriotas.

No dijo más Agustín porque sonó un cañonazo del lado de Torrero, y ambos volvimos hacia allá la vista.

Los franceses habían atacado con gran empeño las posiciones fortificadas de Torrero. Defendían éstas diez mil hombres mandados por don Felipe Saint-March y por O'Neill, ambos generales de mucho mérito. Los voluntarios de *Borbón*, de *Castilla*, del *Campo Segorbin*, de *Alicante* y el provincial de *Soria*, los cazadores de *Fernando VII*, el regimiento de *Murcia* y otros cuerpos de que no hago memoria, rompieron el fuego. Desde el reducto de los Mártires vimos el principio de la acción, y las columnas francesas que corrían a lo largo del Canal para flanquear a Torrero. Duró gran rato el fuego de fusilería; mas la lucha no podía prolongarse mucho tiempo, porque aquel punto no se prestaba a una defensa enérgica. No obstante, nuestras tropas no se retiraron sino muy tarde y con el mayor orden, volando el puente de América y trayéndose todas las piezas, menos una, que había sido desmontada por el fuego enemigo.

Entre tanto, como sintiéramos fuertísimo estruendo lejano, supusimos trabada otra acción en el Arrabal.

—Allá está el brigadier don José Manso —me dijo Agustín— con el regimiento *suizo de Aragón*, que manda don Mariano Walker; los voluntarios de *Huesca*, de que es jefe don Pedro Villacampa; los voluntarios de *Cataluña* y otros valientes cuerpos. ¡Y nosotros aquí, mano sobre mano! Por este lado parece que ha concluido.

—O yo me engaño mucho —repuse— o ahora van a atacar a San José.

No tardó en efectuarse el movimiento que yo había previsto, y el convento de San José fue atacado por fuerte columna de infantería francesa; mejor dicho, fue objeto de una tentativa de sorpresa. Al parecer, los enemigos tenían mala memoria, y en tres meses se les había olvidado que las sorpresas eran imposibles en Zaragoza. Los pobrecitos acababan de llegar de la Silesia y no sabían qué clase de guerra era la de España. Además, como ganaron a Torrero con tan poco trabajo creyéronse en disposición de tragarse el mundo. Ello es que avanzaban, como he dicho, sin que San José hiciera demostración alguna, hasta que, hallándose a tiro de fusil o poco menos, vomitaron de improviso tan espantoso fuego las troneras y aspilleras de aquel edificio que mis bravos franceses tomaron soleta con precipitación, dejando tras sí gran número de muertos. Ya debían comprender nuestros enemigos que si se abandonó a Torrero fue por cálculo y no por flaqueza. Sola, aislada, desamparada, sin fuertes ni castillos, Zaragoza alzaba de nuevo sus murallas de tierra, sus baluartes de ladrillos crudos, sus torreones de barro amasado la víspera para defenderse otra vez contra los primeros soldados, la primera artillería y los primeros ingenieros del mundo.

La campana de la Torre Nueva sonaba con clamor de alarma y Zaragoza entera glosaba el lúgubre tañido, repitiendo: «¡Al Arrabal, al Arrabal!»

Mi batallón abandonó la cortina de Santa Engracia y púsose en marcha hacia el Coso. Las calles de San Gil, de San Pedro y Cuchillería, que son camino para el puente, estaban casi intransitables del sin fin de ancianos, chiquillos y mujeres que corrían impulsados por la curiosidad. Salimos a la orilla del río por San Juan de los Panetes, y nos situamos en el malecón esperando órdenes. Enfrente y al otro lado del Ebro se divisaba el campo de batalla. Todos nuestros parapetos de aquella zona estaban contruidos con los ladrillos de los cercanos tejares, formando con el barro y la tierra de los hornos una masa rojiza. Creeríase que la tierra estaba amasada con sangre.

Los franceses tenían su frente desde el camino de Barcelona al de Juslibol, más allá de los tejares y de las huertas que hay a mano

izquierda de la segunda de aquellas dos vías. Consistía todo su empeño en tomar por audaces golpes de mano las baterías, y esta tenacidad produjo una verdadera hecatombe. Caían muchísimos; clareábanse las filas, y llenadas al instante por otros, repetían la embestida. A veces llegaban hasta tocar los parapetos, y las luchas individuales acrecían el horror de la escena. Iban delante los jefes, blandiendo sus espadas, como hombres desesperados que han hecho cuestión de honor el morir ante un montón de ladrillos, y en aquella destrucción espantosa que arrancaba a la vida centenares de hombres en un minuto, desaparecían, arrojados por el suelo, el soldado, y el sargento, y el alférez, y el capitán, y el coronel.

Es indudable que este prematuro encarnizamiento les perdió. Debieron principiar batiendo cachazudamente nuestras obras con su artillería; debieron conservar la serenidad que exige un sitio, y no desplegar guerrillas contra posiciones defendidas por gente como la que habían tenido ocasión de tratar el 15 de julio y el 4 de agosto. Es seguro que de traer consigo la mente pensadora de su inmortal jefe, que vencía siempre con su lógica admirable lo mismo que con sus cañones, habrían empleado en el sitio de Zaragoza un poco del conocimiento del corazón humano. Napoleón, con su penetración extraordinaria, hubiera comprendido el carácter zaragozano y se habría abstenido de lanzar contra él columnas descubiertas, haciendo alarde de valor personal. Esta es una cualidad de difícil y peligroso empleo, sobre todo delante de hombres que se baten por un ideal, no por un ídolo... Los franceses, al caer de la tarde, creyeron oportuno desistir de su loco empeño, y se retiraron, dejando el campo cubierto de cadáveres. ¡Abur, Francia, y vuelve por otra!

IV

Serían las nueve cuando rompimos filas los de mi batallón, porque, faltos de acuartelamiento, se nos permitía dejar el puesto por algunas horas, siempre que no hubiera peligro. Corrimos Agustín y yo hacia el Pilar, donde se agolpaba un gentío inmenso, y entramos difícilmente. Quedéme sorprendido al ver cómo forcejeaban las personas allí reunidas para abrirse paso hacia la capilla en que mora la Virgen del Pilar. Los rezos, las plegarias y las demostraciones de agrada-

decimiento formaban un conjunto que no se parecía a los rezos de ninguna clase de fieles. Más que rezo era un hablar continuo, mezclado de sollozos, gritos, palabras tiernísimas y otras de íntima, de ingenua confianza, como suele usarlas el pueblo español con los santos que le son queridos. Caían de rodillas, besaban el suelo, se asían a las rejas de la capilla, dirigíanse a la santa imagen llamándola con los nombres más familiares y más patéticos del lenguaje. Los que por la aglomeración de la gente no podían acercarse hablaban con la Virgen desde lejos, agitando sus brazos. Allí no había sacristanes que prohibieran los modales descompuestos y los gritos irreverentes, porque éstos y aquéllos eran hijos del desbordamiento de la emoción, semejante a un delirio. Faltaba el silencio solemne de los lugares sagrados: todos estaban allí como en su casa; como si la casa de la Virgen querida, madre, ama y reina de los zaragozanos, fuese también la casa de sus hijos, siervos y súbditos.

Asombrado de aquel fervor, que la familiaridad hacía más interesante, pugué por abrirme paso hasta la reja, y vi la célebre imagen. ¿Quién no la ha visto, quién no la conoce al menos por las estampas y esculturas que la han reproducido hasta lo infinito de un extremo a otro de las Españas?... Contemplé la Virgen, admirando su portentosa incrustación dentro del alma aragonesa, y a empujones nos apartamos de la capilla. Por la inquietud de Agustín y su rápido mirar a una parte y otra, comprendí que en el Pilar se había citado con Mariquita. Así era. De improviso, apretándome el brazo, me dijo: «Mírala..., ahí está con la vieja *Guedita*». Diciendo esto, codeaba a un lado y otro para abrirse paso, estropeando espaldas y pechos, pisando pies, chafando sombreros y arrugando vestidos. Yo seguí tras él, causando iguales estragos a derecha e izquierda, y por fin llegamos junto a la joven, que era realmente hermosa, según pude reconocerlo en aquel momento por mis propios ojos. Junto a ella, vi a la vieja guardiana, *doña Guedita*, desdentada y risueña, boca y nariz copiadas del perfil de una cabeza de tortuga, negro manto, manos sarmentosas armadas de rosario... Sedientos de conversación, se trabaron de tiernas palabras los novios; pero no habían pronunciado veinte cuando un hombre se nos acercó de súbito, nos miró con ojos centelleantes, y cogiendo a la niña bonita por un brazo, enojadamente, le dijo: «¿Qué haces aquí?... Y usted, tía *Guedita*, ¿por qué la trae a el Pilar sin mi permiso? ¡A casa, a casa, pronto!

Empujándolas con muy malos modos, las llevó hasta la puerta, y por ella desaparecieron los tres. En mi memoria quedaron grabados el rostro y facha del tío Candiola, que eran, en verdad, harto desapa-cibles. Su flaqueza, la forma ganchuda de su nariz, su mirar oblicuo,

los largos pelos de las cejas blanquinegras, la tez arilla, el ronco metal de voz, el pelucón de bolsa con que ocultaba su calva, le hacían atrocemente antipático y un tanto siniestro.

Causábame extrañeza la hostilidad de aquel tipo al noviazgo de su niña con el hijo de un señor tan alto como don José de Montoria, y Agustín me sacó de dudas diciéndome: «Este avariento miserable guarda a su hija como un saco de onzas y no está dispuesto a darla a nadie. Además, tiene antiguos resentimientos con mi padre, porque éste libró de sus garras a unos infelices deudores». Añadió luego, con más intenso dolor y melancolía esta otra confidencia. «Por la parte de mi familia son mayores aún los obstáculos... ¡Pues no te digo nada si mi señor padre y mi señora madre llegan a saber que quiero a Mariquilla! Me tiemblan las carnes sólo de pensarlo. ¡Un hijo de don José de Montoria enamorado de la hija del tío Candiola! ¡Qué horrible pensamiento! ¡Un joven que formalmente está destinado a ser obispo..., obispo, Gabriel; yo voy a ser obispo en el sentir de mis padres!»

Diciendo esto, Agustín golpeó con su cabeza el sagrado muro en que nos apoyábamos.

—Difícil arreglo tiene esto —dije yo, buscando la salida entre el apretado gentío.

Y él enamorado y creyente, me contestó:

—Arreglo puede haber, Gabriel amigo, si de ello se encarga la Virgen del Pilar.

El día siguiente, 22, fue cuando Palafox dijo al parlamentario de Moncey que vino a proponerle la rendición: *No sé rendirme; después de muertos hablaremos de eso...* Muy envalentonados estaban los defensores con la brillante acción del 21 en el Arrabal. Era preciso dar desahogo al ardor de los sitiados disponer algunas salidas. Hizo una Renovales el 24, otra el 25 don Juan O'Neill con los voluntarios de Aragón y de Huesca, y tuvo la suerte de coger descuidado al enemigo, matándole bastantes hombres, y el 31 hicimos la más eficaz de todas, por dos distintos puntos y con fuerzas considerables. En ésta le tocó a mi batallón marchar de los primeros, a las órdenes de Renovales. Nuestro objetivo era mortificar a los franceses en su centro, desde Torrero al camino de la Muela, mientras el brigadier Butron lo hacía por la Bernardona, con bastantes piezas de infantería y caballería.

Para distraer la atención de los franceses, mandó el jefe que un batallón se desplegara en guerrillas por las Tenerías. Así lo hicimos, y cuando los imperiales se percataron de nuestra presencia ya estábamos sobre ellos, veloces como gamos, y arrollábamos la primera tropa enemiga que nos salió al paso. Tras una torre medio destruida se hi-

cieron fuertes algunos, y dispararon con encarnizamiento y buena puntería. Por un instante permanecimos indecisos, pero Renovales se lanzó delante y nos llevó, matando a boca de jarro y a bayonetazos a cuantos defendían la casa. En el momento en que pusimos el pie dentro del patinillo delantero, advertí que mi fila se clareaba: vi caer, exhalando el último gemido, a algunos compañeros; miré a mi derecha, temiendo no encontrar entre los vivos a mi querido amigo; pero Dios le había conservado. Montoria y yo salimos ilesos.

Sin perder tiempo, Renovales nos dio orden de seguir hacia la línea de atrincheramientos que los imperiales estaban abriendo. Se comprende, por lo que llevo referido, que los franceses no esperaban aquella salida, y que, completamente descuidados, sólo tenían allí las escoltadas cuadrillas de ingenieros que abrían las zanjas de la primera paralela. Les embestimos con horroroso fuego, aprovechando muy bien los minutos antes que llegasen fuerzas temibles; cogíamos prisioneros a los que encontrábamos sin armas; matábamos a los que las tenían; recogíamos los picos y azadas, todo esto con ligereza sin igual, animándonos con palabras ardientes y exaltados por la idea de que nos veían desde la ciudad.

En aquel lance todo fue afortunado, porque mientras nosotros destrozábamos a los trabajadores de la primera paralela, las tropas que por el Portillo habían salido a las órdenes del brigadier Butrón, empeñaban un combate muy feliz contra los destacamentos del enemigo en la Bernardona. Mientras los voluntarios de *Huesca* y los granaderos de *Palafox* arrollaban la infantería francesa, aparecieron los escuadrones de *Numancia* y *Olivenza*, cautelosamente salidos por la puerta de Sancho. Describiendo una gran vuelta, habían venido a ocupar el camino de Alagón, por una parte, y el de Muela por otra, precisamente cuando los franceses retrocedían en demanda de mayores fuerzas que les auxiliaran. Hallándose en su elemento los briosos caballos, lanzáronse por el arrecife, destruyendo cuanto encontraban al paso, y allí fue el caer y el atropellarse de los desgraciados infantes que huían hacia Torrero. En su dispersión, unos corrían, arrojándose en las acequias por no poder saltarlas; otros se entregaban a discreción, soltando las armas; algunos se defendían con heroísmo, dejándose matar antes que rendirse.

Todo esto que he referido con la mayor concisión posible pasó en brevísimo tiempo... Tocaron a generala en Monte Torrero, y vimos que venía contra nosotros fuerte caballería. Pero los de Renovales, lo mismo que los de Butrón, habíamos conseguido nuestro deseo, y no teníamos para qué esperar a los que tan tarde llegaban a la función.

Cuando volvíamos a la ciudad, vimos la muralla invadida de go-

zoso gentío. Recibidos éramos con exclamaciones delirantes, y desde San José hasta más allá de Trinitarios, la larga fila de ancianos, mujeres y niños, mirando hacia el campo, encaramados sobre la muralla y batiendo palmas a nuestra llegada, o saludándonos con sus pañuelos, presentaba un golpe de vista magnífico. Después tronó el cañón; los reductos hicieron fuego a la vez sobre el llano que acabábamos de abandonar, y aquel estruendo formidable parecía una salva triunfal, según se mezclaban con él los cantos, los vítores, las exclamaciones de júbilo.

V

Desde aquel día, tan memorable en el segundo sitio como el de las Eras en el primero, empezó el gran trabajo, el gran frenesí, la exaltación ardiente en que vivieron por espacio de mes y medio sitiadores y sitiados. Os hablaré ahora del famoso *Reducto del Pilar*, levantado en la cabecera del puente de la Huerva. Era una obra esmerada, un excelente modelo del arte de la fortificación. Sus ocho cañones, cuyos fuegos se cruzaban con los de San José, amenazaban la primera y segunda paralela construida en zig-zag por los franceses. Jefe del reducto era Larripa; Betbezé mandaba la artillería, y los ingenieros el gran Simonó, oficial distinguidísimo, tan sabio como valiente. Mi batallón, con algunos voluntarios aragoneses, soldados del resguardo y varios paisanos armados, componíamos la guarnición. Sobre la puerta de entrada, al extremo del puente, pusimos esta inscripción: *Reducto inconquistable de Nuestra Señora del Pilar*.

El suministro de provisiones nos lo hacía, más que la Junta, la caridad de las buenas vecinas de aquel barrio, que así cuidaban a los heridos como atendían al socorro y alimentación de los ilesos. En diferentes horas de un mismo día, variaba de aspecto nuestro Reducto; tan pronto era campo de muerte como salón de canto y baile; tan pronto merendero como hospital de sangre y lugar de amenas tertulias. En aquel centro militar y festivo se marcaron bien pronto algunos tipos populares de los que os hablaré brevemente. Señalaré al famoso Pirli, un muchacho de los arrabales, labrador, como de diez y ocho años, de condición tan festiva que los lances peligrosos desarrollaban en él una alegría nerviosa y febril. Jamás le vi triste, y cuando las balas silbaban en torno suyo bailaba con graciosos gestos y cabriolas. Su traje de andrajos casi a la desnudez equivalía; se cubría la cabeza con un morrión o con gorra de pelo, cogida a los franceses muertos.

Otro gran tipo era el tío Garcés, formidable baturro, de cincuenta años, rostro curtido y miembros de acero, ágil cual ninguno en los movimientos, imperturbable ante el fuego como una máquina, pero hablador, bastante desvergonzado cuando rompía en exclamaciones de ira. Vestía pobremente, dormía sin abrigo, y comía menos que un anacoreta: dos pedazos de pan y dos mordiscos de cecina, dura como cuero, le bastaban para un día.

Ved otro singular tipo. Allí viene, avanzando despacito, apoyándose en un grueso bastón y seguido de un perrillo travieso que ladra a todo transeunte, por pura fanfarronería y sin intención de morder. Era el Padre fray Mateo del Busto, lector y calificador de la Orden de Mínimos, capellán del segundo tercio de voluntarios de Zaragoza, insigne varón, anciano y achacoso que visitaba ordinariamente todos los puestos de peligro, socorriendo heridos, auxiliando moribundos, llevando municiones a los sanos y animando a todos con su dulce palabra. Entró en el Reducto, rendido al peso de una cesta grande y pesada.

—Estas tortas —dijo, sentándose en el suelo y sacando uno por uno los objetos que iba nombrando— me las ha dado la excelentísima señora condesa de Bureta, y estas empanadas, don Pedro Ric. Aquí tenéis también un par de lonjas de jamón que son de mi convento. A ver qué os parece esta botella de vino. ¿Cuánto darían por ella los gabachos que tenemos enfrente?

Todos miramos hacia el campo. El perrillo, saltando denodadamente a la muralla, empezó a ladrar a las líneas francesas.

—También os traigo un par de libras de orejones, que se han conservado en la despensa de nuestra casa. Ibamos a ponerlos en aguardiente, pero primero que nadie sois vosotros, valientes muchachos. Tampoco me he olvidado de ti, querido Pirlí, y como estás casi desnudo y sin manta te he traído un magnífico abrigo. Mira: es un hábito viejo que tenía guardado para darlo a un pobre: ahora te lo regalo para que cubras y abrigues tus carnes. Es vestido impropio de un soldado, pero si el hábito no hace al monje, tampoco el uniforme hace al militar. Póntelo y estarás muy holgadamente con él.

El fraile dio a nuestro amigo el (3) hábito, y éste se lo puso entre risas y jácara de una y otra parte; y como conservaba aún, llevándolo constantemente en la cabeza, el alto sombrero de piel que el día 13 había cogido en el campamento enemigo, hacía la figura más extraña que puede imaginarse.

Poco después llegaron algunas mujeres, también con cestas de provisiones. La aparición del sexo femenino transformó de súbito el

(3) Falta en el original (N. del E.).

aspecto del Reducto. No sé de dónde sacaron la guitarra: uno de los presentes empezó a rasguear primorosamente los compases de la incomparable, de la divina, de la inmortal jota, y en un momento se armó gran jaleo de baile. Pirli, cuya grotesca figura empezaba en granadero francés y acababa en fraile español, era el más exaltado de los bailarines, y no se quedaba atrás su pareja, una muchacha preciosísima, vestida de serrana a quien llamaban Manuela. Representaba veinte o veintidós años, y era delgada, de tez pálida y fina. La agitación del baile inflamó bien pronto su rostro, y por grados avivaba sus movimientos, insensible al cansancio. Con los ojos medio cerrados, las mejillas enrojecidas, agitando los brazos al compás de la grata cadencia, sacudiendo con graciosa presteza sus faldas, cambiando de lugar con ligerísimo paso, presentándose, ora de frente, ora de espaldas; Manuela nos tuvo encantados durante largo rato. Viendo su ardor coreográfico más se animaban el músico y los demás bailarines, y con el entusiasmo de éstos aumentábase el de ella, hasta que al fin, cortado el aliento y rendida de fatiga, aflojó los brazos y cayó sentada en tierra sin respiración, encendida como la grana.

Al punto formamos rueda en torno de las cestas traídas por el fraile y las mozas, y a comer se ha dicho. Sacando las provisiones, Manuela pronunció esta frase desconsoladora: «Queda poco, y si esto dura comeréis ladrillos».

—Comeremos metralla amasada con pólvora —dijo Pirli—, Manuela Sancho, ¿se te ha pasado ya el miedo a los tiros?

Al decir esto, tomó con presteza su fusil, disparándolo al aire. La moza dio un fuerte grito y sobresaltada huyó de nuestro grupo.

—No tiembles, chiquía —dijo el fraile—. Las mujeres valientes no se asustan del ruido de la pólvora; antes bien, deben encontrar en él tanto agrado como en el son de las castañuelas y bandurrias.

—Cuando oigo un tiro —dijo Manuela, acercándose medrosa— no me queda gota de sangre en las venas.

En aquel instante, los franceses, que sin duda querían probar la artillería de su segunda paralela, dispararon un cañón y la bala vino a rebotar contra la muralla del Reducto, haciendo estrago en los deleznales adobes.

Levantáronse todos a observar el campo enemigo; la serrana lanzó una exclamación de terror y Garcés púsose a dar gritos desde una tronera, injuriando a Francia con los más atroces terminachos baturros. El perrillo, recorriendo la cortina de un extremo a otro, ladraba con exaltada furia.

—Manuela echemos otra jota al son de esta música, y, ¡viva la Pilarica! —exclamó Pirli, saltando como un insensato.

Impulsada por la curiosidad, alzábase Manuela lentamente, alargando el cuello para mirar al campo por encima de la muralla. Luego, al extender los ojos por la llanura, parecía disiparse poco a poco el miedo en su espíritu pusilánime, y al fin la vimos observando la línea enemiga con cierta serenidad y hasta con un poco de complacencia.

—Uno, dos, tres cañones —dijo, contando las bocas de fuego que a lo lejos se divisaban.

—Vamos, chiquíos, no tengáis miedo. Eso no es nada para vosotros.

Oímos hacia San José estrépito de fusilería, y en nuestro Reducto el tambor mandó tomar las armas. Del fuerte cercano había salido una pequeña columna que se tiroteaba de lejos con los trabajadores franceses. Algunos de éstos parecían próximos a ponerse al alcance de nuestros fuegos. Corrimos todos a las aspilleras, dispuestos a enviarles un poco de *pedrisco*, y sin esperar la orden del jefe, algunos dispararon sus fusiles con gran algaraza. En tanto, Manuela temblaba, dando diente con diente, desfigurado el rostro por amarillez repentina; pero una curiosidad irresistible la retenía en la muralla.

—Manuela —le dijo Agustín—. ¿No te vas? ¿No te causa temor esto que estás mirando?

La serrana, con la atención fija en aquel espectáculo, asombrada, trémula, los labios blancos y el pecho palpitante, ni se movía ni hablaba.

—Manuelilla —gritó Pirli, corriendo hacia ella—, toma mi fusil y dispáralo.

Contra lo que esperábamos, la moza no hizo movimiento alguno de terror.

—Tómalo, maña —añadió Pirli, haciéndole tomar el arma—, pon el dedo aquí, apunta afuera y tira. ¡Viva la segunda artillería Manuela Sancho y la Virgen del Pilar!

La serrana tomó el arma. A juzgar por su actitud y el estupor inmenso revelado en su mirar, creyérase que ella misma no se daba cuenta de su acción. Pero alzando el fusil con mano temblorosa, apuntó hacia el campo, tiró del gatillo e hizo fuego.

Mil gritos y ardientes aplausos acogieron este disparo, y la moza soltó el arma. Estaba radiante de satisfacción y el júbilo encendió de nuevo sus mejillas.

—¿Ves?, ya has perdido el miedo —dijo el Mínimo—. Si a estas cosas no hay más que tomarlas el gusto.

—¡Venga otro fusil! —gritó la serrana—, que quiero tirar otra vez.

Pero los franceses se habían retirado y no había ocasión de repetir la proeza. Volvimos al ruedo para seguir comiendo. El fraile, llamando a su perrillo, le decía:

—Basta, hijo, no ladres tanto ni lo tomes tan a pecho que vas a quedarte ronco. Guarda ese arrojo para mañana; por hoy no hay en qué emplearlo, pues si no me engaño van a toda prisa a guarecerse detrás de sus parapetos.

Un rato después, sonó de nuevo la guitarra y comenzaron los dulces vaivenes de la jota, con Manuela Sancho y el gran Pirlí en primera línea.

VI

Al día siguiente, muy temprano, las baterías francesas que embocaban sus tiros contra los fuertes de San José y el Pilar empezaron a hacer fuego, ¡pero qué fuego! ¡Todo el mundo a las troneras o al pie del cañón! ¡Fuera almuerzos, fuera desayunos, fuera melindres! Los aragoneses no se alimentan sino de gloria. El *Reducto inconquistable*, contestó al insolente sitiador con orgullo cañoneo, y bien pronto el gran aliento de la patria dilató nuestros pechos. Las balas rasas, rebotando en la muralla de ladrillo y en los parapetos de tierra, destrozan el Reducto, cual si fuera un castillo de dulce apedreado por un niño; las granadas, cayendo entre nosotros, reventaban con estrépito, y las bombas, pasando con pavorosa majestad por sobre nuestras cabezas, iban a caer en las calles y en los techos de las casas.

¡A la calle todo el mundo! No haya gente cobarde ni ociosa en la ciudad. Los hombres, a la muralla; las mujeres, a los hospitales de sangre; los chiquillos y los frailes, a llevar municiones. ¡A la calle todo el mundo, y con tal que se salve el honor, perezcan la ciudad y la casa, la iglesia y el convento, el hospital y la hacienda, que son cosas terrenas! Los zaragozanos, despreciando los bienes materiales como desprecian la vida, viven con el espíritu en los infinitos espacios de lo ideal.

En los primeros momentos nos visitó el capitán general, con otras muchas personas distinguidas, tales como don Mariano Cereso, el cura Sas, el general O'Neilly, San Genís y don Pedro Ric. También estuvo allí el bravo, generoso y campechano don José Montoria, que abrazó a su hijo, diciéndole: «Hoy es día de vencer o morir. Nos veremos en el Cielo».

A un mismo tiempo, y con igual furia, atacaban los franceses el Reducto del Pilar y el Fortín de San José. Este, aunque ofrecía un aspecto más formidable, había de resistir menos, por estar construido al amparo de un vasto edificio, que la artillería enemiga convertía pau-

latinamente en ruinas. Desplomándose de rato en rato pedazos de paredón, muchos defensores morían aplastados. Nosotros estábamos mejor: sobre nuestras cabezas no teníamos más que cielo, y si ningún techo nos guarecía de las bombas tampoco se nos venían encima masas de piedra y ladrillo.

Nosotros habíamos tenido buen número de muertos y muchos heridos. Estos eran, al punto, llevados a la ciudad por los frailes y las mujeres, pero aquéllos aún prestaban el último servicio con sus fríos cuerpos, porque estóicamente los arrojábamos a la única brecha que había logrado abrirnos el cañón francés y que tapábamos con sacos de lana y tierra.

Durante la noche, no descansamos ni un solo momento, y la mañana del 11 nos vio poseídos del mismo frenesí, ya disparando las piezas contra la trinchera enemiga, ya acribillando a fusilazos a los pelotones que venían a flanquearnos, sin abandonar ni un instante la operación de tapar la brecha, que de hora en hora iba agrandando su horroroso espacio vacío. Así nos sostuvimos toda la mañana, hasta el momento en que dieron el asalto a San José, ya convertido en un montón de ruinas y con gran parte de su guarnición muerta. Aglomerando entonces grandes fuerzas contra nosotros, con objeto de hacer practicable la brecha que nos habían abierto, avanzaron por el camino de Torrero con dos cañones de batalla, protegidos por una columna de infantería.

En aquel instante nos consideramos perdidos: temblaron los débiles muros y los ladrillos y adobes se desbarataban en mil pedazos. Acudimos a la brecha que se abría y se abría cada vez más. Era locura tratar de tapar aquel hueco formidable; hacerlo a pecho descubierto era ofrecer víctimas sin fin al furioso enemigo. Abalanzáronse muchos con sacos de lana y paletadas de tierra, y más de la mitad quedaron yertos en el sitio. Cesó el fuego de cañón, porque parecía innecesario; hubo un momento de pánico indefinible: se nos caían los fusiles de las manos; nos vimos aniquilados por lluvia de disparos que parecían incendiar el aire, y nos olvidamos del honor, de la muerte gloriosa, de la patria y de la Virgen del Pilar, cuyo nombre decoraba la puerta del baluarte inconquistable. Rebajado de improviso el nivel moral de nuestras almas, todos los que no habíamos caído, deseamos unánimemente la vida, y saltando por encima de los heridos y pisoteando los cadáveres, huimos hacia el puente, abandonando aquel horrible sepulcro antes que se cerrara enterrándonos a todos.

En el puente nos agolpamos con furor y desorden invencibles. Los jefes, azotando de plano nuestras viles espaldas nos gritaban:

«¡Atrás, canallas... El Reducto del Pilar no se rinde!... ¡A morir en la brecha!»

En el Reducto no había más que muertos y heridos. De repente vimos que entre el denso humo y el espeso polvo, saltando sobre los exánimes cuerpos y los montones de tierra, sobre las ruinas y las cuñías rotas, y el material deshecho, avanzaba una figura impávida, pálida, grandiosa, imagen de la serenidad trágica. Era una mujer que se había abierto paso entre nosotros, y penetrando en el recinto abandonado marchaba majestuosa hasta la horrible brecha. Pirli, que en el suelo yacía herido en una pierna, exclamó con terror:

—Manuela Sancho, ¿a dónde vas?

Todo esto pasó en mucho menos tiempo del que empleo en contarlo. Tras de Manuela Sancho se lanzaron dos, luego tres, luego muchos, y al fin todos los demás, azuzados por los jefes que a sablazos nos llevaron otra vez al puesto del deber. Ocurrió esta transformación portentosa por un simple impulso del corazón de cada uno, obedeciendo a sentimientos que a todos se comunicaban. Ni sé por qué fuimos valientes a los pocos segundos de haber sido cobardes. Lo que sé es que movidos todos por fuerza extraordinaria, poderosísima, sobrehumana, nos lanzamos a la brecha tras la heroica mujer, a punto que los franceses intentaban con escalas el asalto, y sin que tampoco sepa decir las causas nos sentimos con centuplicada energía y aplastamos, arrojándolos en lo profundo del foso, a los hombres de algodón que antes nos parecieron de acero. A tiros, a sablazos, con granadas de mano, a paletadas, a golpes, a bayonetazos, defendimos el paso de la brecha, y los franceses se retiraron, dejando mucha gente al pie de la muralla. Volvieron a disparar los cañones, y el Reducto inconquistable no cayó el día 11 en poder de la Francia.

Cuando la tempestad de fuego se calmó, no nos conocíamos: estábamos transfigurados y algo nuevo y desconocido palpitaba en lo íntimo de nuestras almas, dándonos una ferocidad inaudita. Al día siguiente decía Palafox con elocuencia: «*Las bombas, las granadas y las balas, no mudan el color de nuestros semblantes, ni toda la Francia lo alteraría*».

Rendido el Fortín de San José, trabajamos sin descanso el 12 y el 13, para reparar los muros, mejor dicho, para sustituirlos con sacos de tierra. Amainó el fuego: los sitiadores comprendían que ello era obra de paciencia y estudio, y abrían despacio y sin riesgo zanjas, caminos cubiertos y zig-zags que les trajesen a la posesión del fuerte sin pérdida de gente. Nuestros cañones estaban casi inservibles, el foso casi cegado, y era forzoso continuar la defensa a tiro de fusil. El 14, la artillería imperial desbarató de nuevo nuestros trabajos,

abriéndonos más brechas por los costados y el frente. En esta situación el fuerte habría de rendirse más tarde o más temprano, pues se hallaba a merced de los tiros del francés, como un barco a merced de las olas del océano.

Nuestro único recurso era minar el Reducto para volarlo en el momento en que entraran en él los franceses y destruir también el puente para impedir que nos persiguieran. Así se hizo, y durante la noche del 14 al 15 trabajamos sin descanso en la mina, y pusimos los hornillos del puente, esperando que los enemigos se echasen encima el día siguiente. Estábamos desesperados, sin poder hacer nada, sin que la misma desesperación nos sirviera para la defensa. Era una fuerza inútil, como la cólera del loco en su jaula.

Desclavamos el tablón que decía «*Reducto inconquistable*», para llevarnos aquel testimonio de nuestra justificada jactancia, y al anochecer fue abandonado el fuerte, quedando sólo cuarenta hombres para custodiarlo hasta el fin y *matar lo que se pudiera*. Desde la torre del Pino presenciábamos la retirada de los cuarenta, a eso de las ocho de la noche, después de batirse en retirada con inaudita bravura. La mina del interior del Reducto hizo muy poco efecto; pero los hornillos del puente desempeñaron tan bien su cometido que el paso quedó roto y el Reducto aislado en la otra orilla de la Huerva. Adquirido este sitio y San José, los franceses tenían el apoyo suficiente para abrir su tercera paralela y batir cómodamente todo el circuito de la ciudad.

La furia francesa arreció de tal modo desde aquel avance que la ciudad recibió en menos de dos horas mayor número de proyectiles que en el resto de la noche. Ya no había asilo seguro; ya no había un palmo de suelo ni de techo libre de aquel satánico fuego. Huían las familias de sus hogares o se refugiaban en los sótanos; los heridos, que abundaban en las principales casas, eran llevados a las iglesias, buscando reposo las fuertes bóvedas; otros salían arrastrándose; otros, más ágiles, llevaban auestas sus propias camas. Los más se acomodaban en el Pilar, y después de ocupar las naves, tendíanse en los altares y obstruían las capillas. A pesar de tantos infortunios, se consolaban con mirar a la Virgen, la cual, sin cesar, con el lenguaje de sus brillantes ojos, les decía *que no quería ser francesa*.

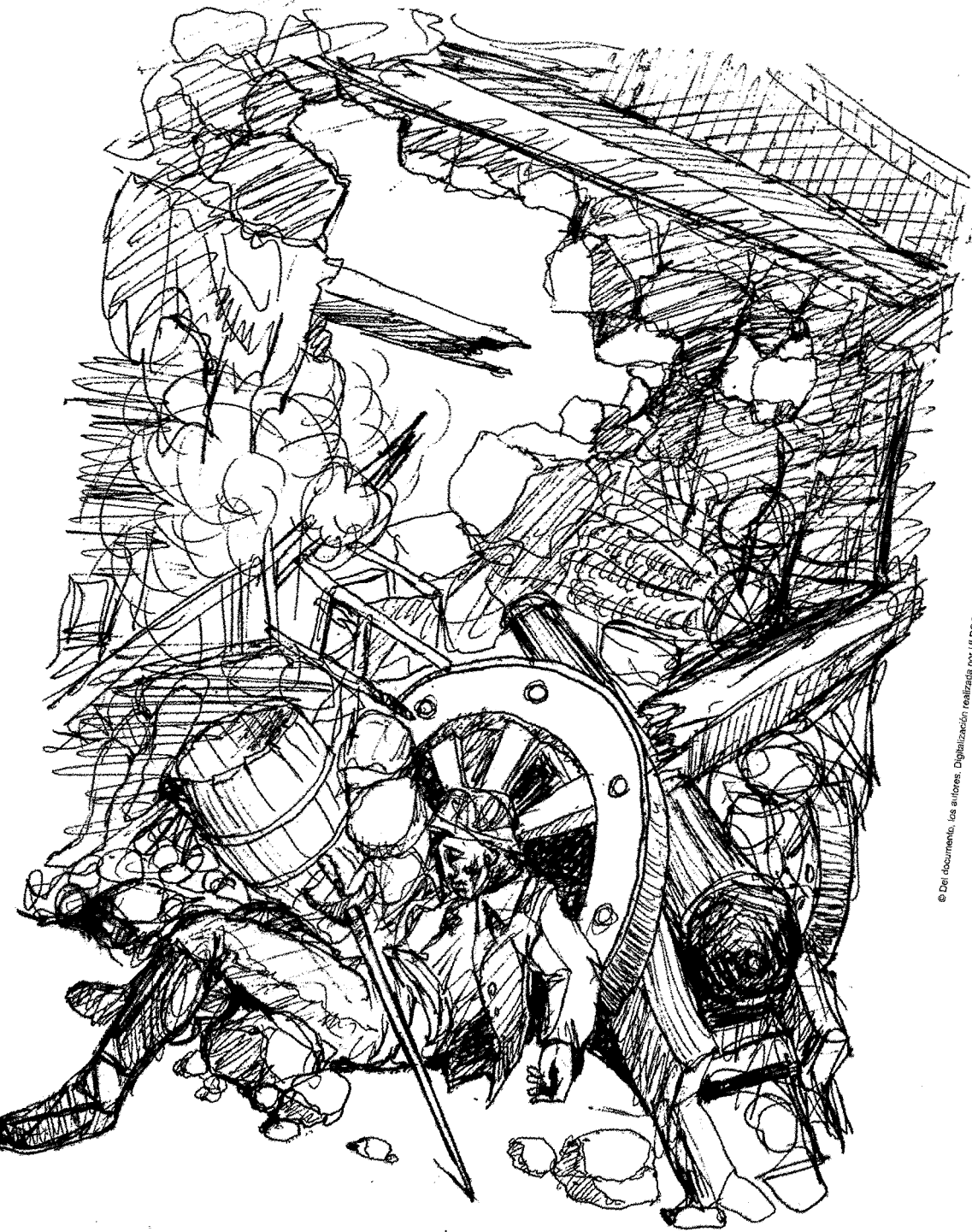
VII

Mi batallón no tomó parte en las salidas de los días 22 y 24, ni en la defensa del *Molino de Aceite*, y de las posiciones colocadas a

espaldas de San José. En una de éstas, que bien podían llamarse escaramuzas, fue gravemente herido el hijo mayor de Montoria, Manuel. Su esposa y su madre, doña Leocadia, con solícitos cuidados, le sacaron adelante, y en febrero se le vio nuevamente en los lugares y ocasiones de mayor peligro. Por mi parte, tuve algún descanso después de las horribles jornadas del *Reducto del Pilar*. Durante unos días, mi única tarea fue acompañar a don José Montoria en la requisa que se hizo en toda la ciudad para remediar la escasez de provisiones de boca. La Junta de Abastos previno que sin demora se recogiera lo que los generosos vecinos quisieran dar, obligando a los reacios a vender el género a los precios que tuvo antes del sitio.

Sin dificultad, acopiamos diversos artículos, harina, embutidos, lana, sal, cecina, cebada, vino, etc..., ofrecidos con largueza patriótica por tenderos y comerciantes. Pero resistencia encontramos, y la más tenaz y vil fue la de aquel *tío Candiola* que antes os di a conocer, el padre de la novia de mi amigo Agustín Montoria. Hombre más sordido, más cerrado a los requerimientos del patriotismo y la caridad, no he visto en mi vida. Creo que era, en toda Zaragoza, el único que se mostraba insensible al sacrificio heroico de los defensores de la ciudad.

Sabida por el gran Montoria la tacañería del aborrecido balear nos llevó a la casa de éste, llamamos a la puerta con estruendo, asomó por un ventanuco la espeluznante vieja *doña Guedita*, la cual quiso despedirnos con avinagradas expresiones; vimos después una hermosa mano que levantaba la cortina, dejando ver una carita inmutada y pálida, unos ojos grandes y vivos que dirigieron hacia la calle miradas de terror. Mi compañero Agustín, en cuanto vio la dulce imagen de Mariquilla, se escabulló bonitamente por no exponerse ante su padre a una escena desagradable y embarazosa con la doncellita de sus juveniles amores. Repetimos, a una orden de Montoria, los furibundos porrazos en la puerta. Esta se abrió al fin, y apareció el ogro, el maldito avariento y tirano doméstico, don Jerónimo de Candiola, echando veneno por ojos y boca. A la conminación de don José, pidiendo que se le entregaran los costales de harina al precio de *cuarenta y ocho reales*, señalando por la Junta de Abastos, contestó que no daría por menos de *ciento sesenta y seis reales* el costal de cuatro arrobas. Las atrocidades que uno a otro se echaron a la cara no son para reproducirlas. Injurioso y procaz estuvo el vejete usurero, tan insensible a la caridad como al patriotismo; severo y contundente se mostró el gran ciudadano Montoria, de cuya boca salieron aquel día, entre la andanada de vituperios y anatemas, todas las *porras* que almacenaba su alma fogosa para los casos de cumplimiento del deber en el orden militar y cívico.



EL FUERTE



El resultado fue que sacamos los costales de harina, pagándolos en buena plata al precio de cuarenta y ocho reales. Terminó la dramática escena con coletilla ballanguera y cómica. La mucha gente que se había reunido en la calle impidió al viejo Candiola entrar en su casa. Rodeándole al punto los chiquillos, que en alegre y marcial vanguardia llevábamos por delante, tomáronle por su cuenta. Unos le empujaban hacia adelante, otros hacia atrás; hacíanle trizas el vestido, y los más, tomando la ofensiva desde lejos, le arrojaban en grandes masas el lodo de la calle.

En cuanto depositamos los costales de harina en el almacén de la Junta de Abastos, busqué a mi amigo inseparable Agustín Montoria. Después de dar mil vueltas por la ciudad, le hallé, a la caída de la tarde, en el molino de pólvora, instalado hacia San Juan de los Panetes. Ayudaba con febril actividad a los que ponían en sacas y en barriles la cantidad fabricada en el día, que era de nueve a diez quintales. Horriblemente atribulado estaba el pobre chico por el atropello de la casa de su novia: aquel desagradable suceso agrandaba el inmenso abismo que le separaba de la realización de sus amorosos deseos. La idea de morir se posesionaba de su espíritu. Su mayor gusto sería rodearse de aquella enorme masa de pólvora, y darle fuego, y volar hasta el quinto cielo para caer luego hecho cenizas... Yo me reí. Por apartar de su mente tan lúgubres ideas, me le llevé a las Tenerías, donde se habían emprendido grandes obras de fortificación, para contrarrestar las cincuenta bocas de fuego que los franceses habían emplazado desde San José a la desembocadura de la Huerva. Defensas eran, como veréis luego, de mazapán y guirlache; pero las endurecía y emargaba el alma aragonesa que llevaban dentro.

Del trabajo en las fortificaciones descansábamos, ¡parece mentira!, transportando heridos al Pilar o a la Seo, desalojando casas incendiadas o bien llevando material a los señores canónigos, frailes y magistrados de la Audiencia, que hacían cartuchos en San Juan de los Panetes. El bombardeo, que no había cesado en todo el día, continuaba en la noche, aunque un poco menos recio. De vez en cuando los proyectiles horadaban casas y destruían familias. Mi amigo Montoria declarábame a cada momento su inquietud, no por el estrago de las bombas, sino por el temor de que en la casa de su novia Mariquilla hubiese ocurrido algún desastre. A todo trance quería llevarme hacia la Torre Nueva, pero yo, con firme tenacidad, me resistía por no abandonar nuestras obligaciones.

Ibamos por el Coso, serían las nueve de la noche, cuando se nos presentó Pirlí, con su hábito de fraile ya en mil parte agujereado, y el morrión francés tan lleno de abolladuras y desperfectos en el pelo que

el héroe, portador de tales prendas, más que soldado parecía una figura de Carnaval.

—¿Van ustedes al acarreo de heridos? —nos dijo—. Ahora se nos murieron dos que llevábamos a San Pablo. Allá quieren gente para abrir la zanja en que van a enterrar los muertos de ayer; pero yo he trabajado bastante y voy a descabezar un sueño en casa de Manuela Sancho... Dicen que los muchos difuntos envenenan el aire, y que por eso hay tanta gente con calenturas, las cuales despachan para el otro barrio más pronto que los heridos. Al paso que vamos, pronto seremos más los muertos que los vivos. ¿Queréis divertirlos? Pues no vayáis a abrir la zanja, sino a la cartuchería, donde hay unas mozas!...

VIII

Sentimos detrás de nosotros pasos precipitados, y volviéndonos vimos mucha gente, entre cuyas voces reconocimos la de don José de Montoria, el cual, al vernos, muy encolerizado nos dijo:

—¿Qué hacéis, porra? Tres hombres sanos y rollizos se están aquí mano sobre mano, cuando hace tanta falta gente para el trabajo. Vamos, largo de aquí. Adelante, caballeros. ¿Veis aquellos dos palos que hay junto a la subida del Trenque, con una viga cruzada encima, de la que penden seis dogales? ¿Veis la horca que se ha puesto esta tarde para los traidores? Pues es también para los holgazanes. A trabajar o a puñetazos os enseñaré a mover el cuerpo.

Seguimos con ellos. Montoria, cogiéndonos del brazo a su hijo y a mí, nos ordenó que fuésemos a trabajar en la zanja para enterrar muertos. Un señor de los que iban con él indicó que era más apremiante atender al socorro de los enfermos de la desastrosa epidemia, a lo cual dijo el gran Montoria:

—Yo no sé qué pensar de esto que llaman epidemia los facultativos, y que yo llamo miedo, señores, puro miedo, porque eso de quedarse uno frío y entrarle calambres y calentura y ponerse verde y morirse, ¿qué es sino efecto del miedo? Ya se acabó la gente templada, porra. ¡Qué gente aquélla la del primer sitio! Ahora, en cuanto hacen fuego nutrido y lo reciben por espacio de diez horas, ¡una friolera!, ya se caen de fatiga y dicen que no pueden más. Hay hombres que sólo por perder media pierna se acobardan, y empiezan a llamar a gritos a los Santos Mártires diciendo que lo lleven a la cama... ¡Cuando digo que se acabó la gente de pelo en pecho, aquella gente, porra, mil porras!...

En esto, un horroroso estrépito señaló estallido de bomba en las inmediaciones de la Torre Nueva. Ibamos por junto a la Escuela Pía. Agustín, movido sin duda por un fuerte estímulo de su corazón, quiso la dirección de la plazuela de San Felipe, siguiendo a la mucha gente que hacía este sitio corría; pero detenido enérgicamente por su padre, continuó, mal de su grado, en nuestra compañía. Algo ardía indudablemente cerca de la Torre Nueva, y en ésta, los preciosos arabescos y las facetas de los ladrillos brillaron enrojecidos por la cercana llama. Aquel monumento elegante, aunque cojo, descollaba en la negra noche, vestido de púrpura, y al mismo tiempo su colosal campana lanzaba al aire prolongados lamentos.

Llegamos a San Pablo y emprendimos el trabajo, sacando tierra de la zanja que se abría en el patio de la iglesia. Agustín cavaba como yo, y a cada instante volvía sus ojos a la Torre Nueva.

—Es un incendio terrible —me dijo—. Mira, parece que se extingue un poco, Gabriel: yo me quiero arrojar en esta gran fosa que estamos abriendo.

—No haya prisa —le respondí—, que tal vez mañana nos echen en ella sin que lo pidamos. Con que fuera tonterías y a trabajar.

Cuando se creyó que la zanja era bastante profunda, empezó la traída de cadáveres depositados en la iglesia. Uno a uno fueron arrojados en su gran sepultura, mientras algunos clérigos, de rodillas y rodeados de mujeres piadosas, recitaban lúgubres responsos. Cayeron dentro todos y no faltaba sino echar la tierra encima. Don José Montoria, con la cabeza descubierta y rezando en voz alta un Padrenuestro, echó el primer puñado y luego nuestras palas y azadas cubrieron la tumba a toda prisa. Concluida nuestra operación, todos nos pusimos de rodillas y rezamos en voz baja. Agustín Montoria me dijo al oído (4):

—En cuanto mi padre se retire nos iremos allá.

Así fue. Del patio de San Pablo salimos ya muy avanzada la noche, porque la inhumación que acabo de referir duró más de tres horas. Pronto llegamos a la plazuela de San Felipe. Como la luz del incendio ya se había extinguido, la Torre Nueva, desnuda de su traje de púrpura, se nos apareció vestida de oscuridad. Se me antojó que era menor su inclinación y que moviendo el capacete nos decía: *me inclino por asustaros: pasad sin miedo que no me caigo*.

Apenas llegamos a la plazuela, vimos que el incendio era en la calle del Temple: aún humeaba el techo. En la casa de Candiola nada había ocurrido, y la calle estaba poco menos que desierta. Mi amigo

(4) En el manuscrito dice: «Agustín Montoria me —palabra tachada— al oído» (N. del E.).

solía tener sus entrevistas con la doncellita de Candiola en plena noche, protegido por la vieja Guedita, que mediante *conquibus* le franqueaba la entrada de un patio, separado de la calle por tapia de ladrillo. Como aquella noche era de las presupuestas en el programa del noviazgo, bastó que Agustín hiciera la señal convenida y discretamente usada en anteriores noches, para que la dueña, ya prevenida y estimulada de su maternal tercería, nos diese paso. Entramos quedamente, como ladrones, y ladrones éramos de la confianza del perverso Candiola, que a tal hora roncaba en el alto aposento, y a los primeros pasos nos encontramos a la niña, hada o angélica, protagonista del cuento de Agustín Montoria.

En el centro del patio se alzaba un alto y picudo ciprés; a un lado y otro, diversos arbustos sin hoja, y matas rastreras. En el fondo se veía la casa, que a la luz de la luna menguante me pareció vulgarísima y pobre. Una escalera de piedra daba acceso a una galería baja. En la escalera me senté yo, y a la galería subieron los novios y la guardiana, doña Guedita, para resguardarse del frío y relente de la noche. No necesito decir que la charla de mi amigo y la Candiolita fue de una inocencia seráfica, como a sus almas adornadas de pureza correspondía... Sin mi presencia y la de la vieja habría sido lo mismo. ¿De qué hablaron? Recuerdo menos esos tiernos pormenores que las asperezas trágicas del Sitio... Creo no equivocarme diciendo que uno y otro lamentaron con palabras y con suspiros la rivalidad irreductible entre los padres, don José y don Jerónimo, agravada por la violencia con que Montoria arrebató al avaro los costales de harina. Con nueva emisión de suspiros hondos, expresaron la dificultad de llegar al Santo Matrimonio. ¿Qué harían para vencer tan formidables obstáculos? Con toda su fe, casi dudaban de que arreglarlo pudiera la Virgen del Pilar... Oí que Guedita, con ronca voz de coneja costipada, les decía que no desconfiasen de la Santísima Patrona de la ciudad...

Toda la conversación giró en derredor de este capital tema. Cuando ya nos retirábamos, obedientes a la orden de la guardiana, oí las últimas protestas amorosas. Al aproximarnos a la puerta, desde donde se distinguía la Torre Nueva sobresaliendo de los tejados vecinos, los inocentes novios, un tantico apartados de Guedita y de un servidor, repitieron con solemne acento la fórmula de juramento, que sellaba su acendrada fidelidad: «*Cuando esa torre se ponga derecha dejaré de quererte...*» Adiós, adiós, cuentecillo de Hadas... En el momento de salir a la calle, la campana de la Torre cantó: «¡Bomba!»

Y ahora viene mi cuento de los terribles lances de guerra que inmortalizaron el barrio de las Tenerías. Oíd antes una breve descripción de aquellos lugares vulgarísimos y épicos.

El arrabal de las Tenerías se extiende al oriente de la ciudad, entre la Huerva y el recinto antiguo, perfectamente deslindado aún por el Coso. Componían el caserío, a principios de siglos, edículos endebles, habitados por labradores y artesanos, y las construcciones religiosas no tenían allí la suntuosidad de otros monumentos de Zaragoza. Sus principales calles eran las de Palomar y San Agustín. Con estas se enlazaban, sin plan ni simetría, las de Añón, las Arcadas, la Diezma, Barrio Verde, Ollerías, Pabostre, etc. Algunas de estas calles se hallaban determinadas, no por hileras de casas, sino por largos tapias, y a veces faltaban una cosa y otra; las calles se resolvían en informes plazuelas, mejor dicho, corrales o patios donde no había nada. El aspecto general de las Tenerías evocaba en la imaginación los tiempos arábigos. La profusión del ladrillo, los largos aleros, el ningún orden de las fachadas, las ventanuchas con celosías, la completa anarquía arquitectural, el no saberse dónde acababa una casa y empezaba otra; la imposibilidad de distinguir si el tejado de aquella servía de apoyo a las paredes de las de más allá; las calles que a lo mejor acababan en un corral sin salida, los arcos que daban entrada a una plazuela, todo era del estilo cordobés o toledano.

Pues bien: esta amalgama de casuchos fabricados por generaciones de labriegos y curtidores, según el capricho de cada uno y sin orden ni armonía, estaba preparada para la defensa en los días 24 y 25 de enero, una vez que se advirtió la gran pompa de fuerzas ofensivas que desplegó el francés por aquella parte. Y he de advertir que todas las familias habitadoras de las casas del barrio procedían a ejecutar obras, según su propio instinto estratégico, y allí había ingenieros militares con faldas, que dieron muestras de un profundo saber de guerra, tabicando ciertos huecos o abriendo otros al fuego y a la luz. Los muros de Levante estaban en toda su extensión aspillerados.

Muchos pasos fueron obstruidos, y los dos principales edificios religiosos del arrabal, San Agustín y las Mónicas, eran verdaderas fortalezas. La tapia había sido reedificada y reforzada; las baterías se enlazaban unas con otras; nuestros ingenieros habían calculado hábilmente las posiciones y el alcance de las obras enemigas, para acomodar a ellas las defensivas. Dos puntos avanzados tenía la línea, y eran el molino de Goicoechea y una casa que ha quedado en la historia con el nombre de *Casa de González*. Recorriendo dicha línea desde Puerta Quemada, se encontraba primero la batería de Palafox; luego, el molino de la ciudad; luego, las Eras de San Agustín; enseguida, el molino de Goicoechea; después, la tapia de la huerta de las Mónicas, y a continuación, las de San Agustín; más adelante, una gran batería y la casa de González. Dentro de estas ringleras de ladrillos frágiles, ponéd, amados niños, toda la fuerza anímica que podáis imaginar.

IX

Cantemos la epopeya de las Tenerías.

Mientras los morteros franceses arrojaban bombas al centro de la ciudad, los cañones de la línea oriental dispararon bala rasa contra la débil tapia de las Mónicas, y sobre las fortificaciones de tierra y ladrillo del molino de aceite y de la batería de Palafox. Bien pronto abrieron tres grandes brechas y el asalto era inminente. Apoyábanse en el molino de Goichoechea, que tomaron al día anterior, después de ser incendiado y abandonado por los nuestros.

Pasaron largas horas: apuraron los franceses los recursos de su artillería por ver si nos aterraban, obligándonos a dejar el barrio; pero las tapias se desmoronaban, estremecíanse las casas con espantoso sacudimiento, y aquella gente heroica, que apenas se había desayunado con un zoquete de pan, gritaba desde la muralla diciéndoles que se acercasen. Por fin, contra la brecha del centro y la de la derecha, avanzaron fuertes columnas sostenidas por otras a retaguardia, y se vio que la intención de los franceses era apoderarse a todo trance de aquella línea de pulverizados ladrillos, que defendían algunos centenares de locos.

No se diga, para amenguar el mérito de los nuestros, que el francés luchaba a pecho descubierto; los defensores también lo hacían, y detrás de la desbaratada cortina no podía guarecerse una cabeza. Allí era de ver cómo chocaban las masas de hombres y cómo las bayonetas se cebaban con saña, más propia de fieras que de hombres, en los cuerpos enemigos. Desde las casas hacíamos fuego incesante, viéndoles caer materialmente en montones, heridos por el plomo y el acero al pie mismo de los escombros que querían conquistar.

Por nuestra parte, el número de bajas era enorme. Lo natural, lo humano, habría sido abandonar unas posiciones defendidas contra todos los elementos de la fuerza y de la ciencia militar reunidos; pero allí no se trataba de nada que fuese humano y natural, sino de extender la potencia defensiva hasta límites infinitos, desarrollando en sus incommensurables dimensiones el genio aragonés, que nunca se sabe a dónde llega.

Mientras esto pasaba, otras columnas igualmente poderosas trataban de apoderarse de la Casa de González, que he mencionado arriba; pero desde las casas inmediatas se les hizo fuego tan terrible de fusilería y cañón que desistieron de su intento.

Desde una casa inmediata al Molino de la Ciudad, hacíamos fue-

go, como he dicho, contra los que daban el asalto, cuando he aquí que las baterías francesas de San José, antes ocupadas en demoler la muralla, enfilaron sus cañones contra aquel viejo edificio, y sentimos que las paredes retemblaban; que las vigas crujían como cuadernas de un buque conmovido por las tempestades; que las maderas de los tapias estallaban, destrozándose en mil astillas.

—¡Cuerno, recuerno! —clamó el tío Garcés—. ¡Que se nos viene la casa encima!

El humo y el polvo no nos permitían ver lo que pasaba fuera, ni tampoco lo que dentro ocurría.

—Agustín, Agustín, ¿dónde estás? —grité yo llamando a mi amigo.

Pero Agustín no aparecía. En aquel momento de angustia, y no encontrando en medio de tal confusión ni puerta para salir ni escalera para bajar, corría a la ventana para arrojarme fuera, y el espectáculo que se ofreció a mis ojos obligóme a retroceder sin aliento ni fuerzas. Mientras los cañones de la batería de San José intentaban, por la derecha, sepultarnos entre los escombros de la casa, y parecían conseguirlo sin esfuerzo, por delante, y hacia las eras de San Agustín, la infantería francesa había logrado penetrar por las brechas, rematando a los infelices que ya apenas eran hombres. Era imposible conservar en el ánimo una chispa de energía ante tamaño desastre.

Apartéme de la ventana despavorido, fuera de mí. Un trozo de pared estalló, reventó, desgajándose en enormes trozos, y una ventana cuadrada tomó la figura de un triángulo isósceles; el techo dejó ver por una esquina la luz del cielo; los trozos de yeso y las agudas astillas salpicaron mi cara. Corrí hacia el interior, siguiendo a otros que decían: «¡Por aquí, por aquí!»

—Agustín, Agustín —grité de nuevo, llamando a mi amigo.

Por fin le vi entre los que corríamos pasando de una habitación a otra y subiendo la escalerilla que conducía a un desván.

—¿Estás vivo? —le pregunté.

—No lo sé —me dijo—, ni me importa saberlo.

En el desván rompimos fácilmente un tabique y pasando a otra estancia hallamos una empinada escalera, la bajamos y nos vimos en una habitación chica. Unos siguieron adelante, buscando salida a la calle y otros detuviéronse allí.

Ha quedado fijo en mi imaginación, con líneas y colores indelebles, el interior de aquella mezquina pieza, bañada por la copiosa luz que daba una ventana abierta a la calle. Cubrían las paredes desiguales estampas de vírgenes y santos. Dos o tres cofres viejos y forrados de piel de cabra ocupaban un testero. Veíase en otro ropa de mujer, col-

gada de clavos y alcajatas. En la ventana había tres grandes tiestos con yerbas; y parapetadas tras ellos, dirigiendo por los huecos la rencorosa visual de su puntería, dos mujeres hacían fuego sobre los franceses que ya ocupaban la brecha. Tenían dos fusiles. Una cargaba y otra disparaba; agachábase la fusilera para enfilar el cañón entre los tiestos, y, suelto el tiro, alzaba la cabeza por sobre las matas para mirar al campo de batalla.

—¡Manuela Sancho —exclamé, poniendo la mano sobre el hombro de la heroica mujer—, toda resistencia es inútil! Retirémonos.

Pero no hacía caso, y seguía disparando. Al fin, la casa, que era débil como su vecina, experimentó una fuerte sacudida, cual si temblara la tierra en que se arraigaban sus cimientos. Manuela Sancho arrojó el fusil. Ella y la otra mujer entraron precipitadamente en una inmediata alcoba, de cuyo oscuro recinto salían angustiosas lamentaciones. Al entrar, vimos que las dos muchachas abrazaban a una vieja tullida que, en su pavor, quería arrojar del lecho.

—Madre, esto no es nada —le dijo Manuela, cubriéndola con lo primero que encontró a mano—. Vámonos a la calle, que la casa parece que se quiere caer.

La anciana no hablaba, no podía hablar. Tomáronla en brazos las dos mozas; mas nosotros la recogimos en los nuestros, encargando a ellas que llevaran nuestros fusiles y la ropa que pudieran salvar. De este modo, pasamos a un patio, que nos dio salida a otra calle, donde aún no había llegado el fuego.

Los franceses habíanse apoderado también de la batería de los Mártires, y en aquella misma tarde fueron dueños de las ruinas de Santa Engracia y del convento de Trinitarios. ¿Se concibe que continúe la resistencia de una plaza después de perdido lo más importante de su circuito? No; no se concibe, ni en las previsiones del arte militar que, apoderado el enemigo de la muralla por la superioridad incontestable de su fuerza material, ofrezcan las casas nuevas líneas de fortificaciones, improvisadas por la iniciativa de cada vecino.

Los generales de Napoleón se llevaban las manos a la cabeza y decían: «Esto no se parece a nada de lo que hemos visto». En los gloriosos anales del Imperio se encuentran muchos partes como éste: «Hemos entrado en Spandau; mañana estaremos en Berlín». Lo que aún no se había escrito era lo siguiente: «Después de dos días y dos noches de combate hemos tomado la casa número 1 de la calle de Pabostre. Ignoramos cuándo se podrá tomar la del número 2».

Como los franceses no podían atravesar sin riesgo el espacio intermedio entre los restos de muralla y sus nuevos alojamientos, comenzaron a abrir una zanja en zig-zag desde el Molino de la Ciudad

a la casa que antes ocupáramos nosotros, la cual sólo conservaba en buen estado para alojamiento la planta baja.

Al punto comprendimos que una vez dueños de aquella casa, procurarían, derribando tabiques, apoderarse de toda la manzana, y para evitarlo, la tropa disponible fue distribuida en guarniciones que ocuparon todos los edificios donde había peligro. Al mismo tiempo se levantaban barricadas en las boca-calles, aprovechando los escombros. Nos pusimos a trabajar con ardor frenético en distintas faenas, entre las cuales la menos penosa era, seguramente, la de batirnos. Dentro de las casas, arrojábamos por los balcones todos los muebles; afuera transportábamos heridos o arrojábamos los muertos al zócalo de los edificios, pues las únicas honras fúnebres que por entonces podían hacerse consistían en quitarlos de donde estorbaran.

Quisieron también los franceses ganar a Santa Mónica, convento situado al norte de la calle de Pabostre; pero como sus paredes ofrecían mayor resistencia que las endebles casas dejaron tal empresa para otro día. Posesionados tan sólo de algunos casuchos, en ellos permanecían a la caída de la tarde como en escondida madriguera, y, ¡ay de aquel que la cabeza asomaba fuera de las ventanas!

Cuando anocheció, empezamos a abrir huecos en los tabiques para comunicar todas las casas de una misma manzana. A pesar del incesante ruido del cañón y la fusilería, en el interior de los edificios pudimos percibir el golpear de las piquetas enemigas, ocupadas en igual tarea que nosotros.

A eso de las diez de la noche, nos hallábamos en una que debía ser inmediata a la de Manuela Sancho cuando sentimos que, por contactos desconocidos, por sótanos, pasillos o subterráneas comunicaciones, llegaba a nuestros oídos el rumor de las voces del enemigo. Una mujer apareció azorada por una escalerilla, diciéndonos que los franceses estaban abriendo un boquete en la pared de la cuadra. Bajamos al instante, pero aún no estábamos todos en el patio frío, estrecho y oscuro de la casa, cuando, a boca de jarro se nos disparó un tiro, y un compañero fue levemente herido en el hombro.

A la escasa claridad percibimos varios bultos que sucesivamente se internaron en la cuadra e hicimos fuego, avanzando después con brío tras ellos.

Al ruido de los tiros acudieron otros compañeros nuestros que habían quedado arriba y penetramos denodadamente en la lóbrega pieza. Los enemigos no se detuvieron en ella y a todo escape repasaron el agujero abierto en la pared medianera buscando refugio en su primitiva morada, desde la cual nos enviaron algunas balas. No estábamos completamente a oscuras, porque ellos tenían una hoguera, de

cuyas llamas débiles rayos penetraban por la abertura, difundiendo rojiza claridad sobre el teatro de aquella lucha.

Yo no había visto nunca lucha semejante ni jamás presencié combate alguno entre cuatro negras paredes, a la luz indecisa de una llama lejana, cuya oscilación proyectaba móviles sombras y espantajos en nuestro derredor.

Nos tiroteamos breve rato, y dos compañeros cayeron muertos o malheridos sobre el húmedo suelo. A pesar de este desastre, hubo otros que quisieron llevar adelante aquella aventura, asaltando el agujero e internándose en la guarida del enemigo; pero aunque éste había cesado de ofendernos, parecía prepararse para atacar mejor. De repente se apagó la hoguera y quedamos en completa oscuridad. Dimos repetidas vueltas buscando la salida, y chocando unos con otros salimos en tropel al patio.

Tuvimos tiempo, sin embargo, para buscar a tientas y recoger a los dos camaradas que habían caído durante la refriega y, luego que salimos, cerramos la puerta, tabicándola por dentro con piedras, escombros, vigas, toneles y cuanto en el patio se nos vino a las manos.

En esta inaudita refriega subterránea nos mandaba el incansable, el heroico y sublime tío Garcés.

X

Nuestro valeroso jefe ordenó que algunos hombres se repartieran en distintos puntos de la casa, dejando un par de escuchas en el patio para atender a los golpes de la zapa enemiga, y a mí me tocó salir fuera con Agustín para traer algo de comida, que a todos nos hacía mucha falta. El hambre mermaba rápidamente nuestras fuerzas y apenas podíamos tenernos.

—¿En qué parte de la tierra o del cielo —me dijo Agustín— encontraremos algo de condumio?

—Esto tiene que acabarse pronto de una manera o de otra —respondí—. O se rinde la ciudad o perecemos todos.

Al fin, hacia las piedras del Coso, encontramos una cuadrilla de Administración, que estaba repartiendo raciones, y ávidamente tomamos las nuestras, llevando a los compañeros todo lo que podíamos cargar. Recibiéronlo con gran algarabía y cierta jovialidad impropia de las circunstancias; pero el soldado español es y ha sido siempre así. Mientras comían aquellos mendrugos tan duros como el guijarro, cundía la opinión unánime de que Zaragoza no podía ni debía rendirse *nunca*.

Era medianoche cuando empezó a disminuir el fuego. Los franceses no conquistaban un palmo de terreno fuera de las casas que ocuparon por la tarde, aunque tampoco se les pudo echar de sus alojamientos. Esta epopeya se dejaba para los días sucesivos.

Después de alimentarnos con frugalidad, que valdría para ganar el Cielo, volvimos al Coso, donde vimos hormiguelo de gentes que en distintas direcciones transitaba presurosa. De improviso, una mujer corrió velozmente hacia nosotros y sin pronunciar palabra se abrazó a mi compañero. Intensa emoción ahogaba la voz en su garganta. Llevaba suelto el cabello y en sus brazos magullados observamos algunas quemaduras. Habréis comprendido que era la linda niña de Candiola, y que su desolación indicaba una reciente desdicha.

Así era: apenas tuvo aliento para explicarse nos dijo que una bomba había reventado en su casa; cayeron seguidamente otras dos y el incendio remató la destrucción. La humilde vivienda era un montón de ruinas. Todo lo habían perdido. Su padre no quería separarse de los escombros, bajo los cuales quedaron sepultados sus dineros y papeles que acreditaban cuantiosas riquezas. Los vecinos, menos compasivos que rencorosos, le negaban auxilio. El pobre don Jerónimo estaba loco de rabia y desesperación, y con horrorosas blasfemias a Dios y a los santos injuriaba.

Referido esto con acento y gemidos angustiosos, María pidió a su novio que le proporcionara pan que llevar a su padre; quería llevárselo ella misma y tratar de arrancar al pobre hombre del rimero de cascote y maderas que fueron su casa; pero Agustín, disponiéndolo de otro modo, dijo a la niña: «No, María de mi alma, no volverás allá. Te llevaremos a una de las casas de San Agustín, donde estamos nosotros. Gabriel irá en busca de tu padre y, llevándole algo de comer, de grado o por fuerza, le sacará de allí para traerle a nuestro lado».

Insistió la Candiolita en volver a las ruinas de su casa; pero como apenas tenía ya fuerzas para moverse la llevamos en brazos a una casa de la calle de los Pabostre donde estaba Manuela Sancho... Yo corrí hacia la plaza de San Felipe. Vi arder por los cuatro costados el magno edificio de la Audiencia; ví otros cuadros siniestros y horribles; ví, en fin, la casa del mísero avariento, y a éste sentado en el lugar culminante de los escombros, los codos en las rodillas, la cabeza entre las manos, de vez en cuando variaba de actitud para dar al viento sus quejas y pedir a Dios y a los hombres un auxilio que no querían darle. No pedía nada que digamos el desdichado señor; no se contentaba con menos que con solicitar la suspensión de la defensa para todos, paisanos y soldados, nos dedicásemos a desescombrarle la casa hasta exhumar el oro y la plata, los pagarés y demás papelorios que en

aquella inmensa sepultura yacían. Cuando me adelanté hacia él, trepando con dificultad por los montones de cascotes y le ofrecí pan y cecina, mostróse más indignado que agradecido. Maldijo a las autoridades civiles y militares, maldijo el patriotismo mantenedor de una defensa obstinada, que acabaría con vidas y haciendas; vomitó improperios y maldiciones contra su hija, a quien acusaba de haberle vendido a los Montorias, puso cual no digan dueñas a Guedita, que le llevó un jarro de mal vino y mendrugos de pan, y, por fin, a mí me despidió con estas palabras descorteses:

—Ea, vaya usted noramala. ¿Qué tiene que hacer en mi casa? ¡Fuera de aquí! Ya sabemos que viene a ver si puede pescar alguna cosa. Aquí no hay nada. Todo se ha quemado.

No había, pues, esperanza de llevarle a San Agustín para tranquilizar a la pobre Mariquita, por lo cual, no pudiendo detenerme más, me volví a donde me llamaban mis obligaciones.

Dormí desde las tres hasta la aurora de un nuevo día, de espanto y horrosas luchas. Memorable fue por el ataque a Santa Mónica, que defendían los voluntarios de *Huesca*. Durante el día anterior y gran parte de la noche, los franceses bombardearon el edificio. Abrieron, al fin, la brecha y, penetrando en la huerta, quisieron apoderarse también del convento, olvidando que habían sido rechazados dos veces en los días anteriores. Pero Lannes, contrariado por la extraordinaria y nunca vista tenacidad de los zaragozanos, había mandado reducir a polvo las Mónicas, lo cual, con morteros y obuses, era más fácil que conquistarlas. Efectivamente: después de seis horas de fuego de artillería, una gran parte del muro de Levante cayó al suelo, y allí era de ver el regocijo de los franceses, que sin pérdida de tiempo se abalanzaron al asalto de la posición, auxiliados por los fuegos oblicuos del Molino de la Ciudad. Asaltaron con furia loca y, después de un breve choque cuerpo a cuerpo, fueron rechazados. Al siguiente día repitieron, seguros de que no habría mortal que defendiese aquel esqueleto de piedra y ladrillo que por momentos se venía al suelo. Embistiéronlo por la puerta del locutorio; pero durante la mañana no pudieron conquistar ni un palmo de terreno en el claustro.

Desplomóse al caer de la tarde el techo por la parte oriental del convento. El tercer piso, que estaba muy quebrantado, no pudo resistir el peso y cayó sobre el segundo. Este, aún más endeble, dejóse ir sobre el principal, y el principal, incapaz por sí solo de resistir encima todo el edificio, hundióse sobre el claustro, sepultando centenares de hombres. Parecía natural que los demás se acobardaran con esta catástrofe; pero no fue así. Los franceses dominaron una parte del claustro, pero nada más, y para apoderarse de la otra necesitaban

franquearse camino por entre los escombros. Mientras lo hicieron, los de *Huesca*, que aún existían, fijaban su alojamiento en la escalera y agujereaban el piso alto para arrojar granadas de mano contra los sitiadores.

Entre tanto, nuevas tropas imperiales logran penetrar por la iglesia, ábrense paso hasta el claustro alto y atacan a los voluntarios indomables. Con la algaraza de este encuentro, anímanse los de abajo, redoblan sus esfuerzos y sacrificando multitud de hombres consiguen llegar a la escalera. Los voluntarios se encuentran entre dos fuegos; corren buscando un lugar estratégico que les permita defenderse con alguna ventaja, y son cazados a lo largo de las crujiás. El último tiro fue señal de que había caído el último hombre. Muy pocos lograron salir por un portillo que habían abierto a la calle del Palomar. De este modo, el convento de las Mónicas pasó a poder de Francia.

XI

Al llegar a este punto de mi narración, os ruego que me dispenséis si no puedo consignar concretamente las fechas de lo que refiero. En aquel período de horrores, comprendido desde el 27 de enero hasta la mitad del siguiente mes, los sucesos se confunden, se amalgaman, se eslabonan en mi mente de tal modo que no puedo distinguir días ni noches, y a veces ignoro si algunos lances de los que recuerdo ocurrieron a la luz del sol. Me parece que todo aquello pasó en un largo día, o en una noche sin fin, y que el tiempo no marchaba entonces con sus divisiones ordinarias. Los acontecimientos, los hombres, las diversas sensaciones, se confunden en mi memoria formando un cuadro inmenso, donde no hay más líneas divisorias que las que ofrecen los mismos grupos, el mayor espanto de un momento, la furia o el pánico de otro momento.

Por esta razón no puedo precisar el día en que ocurrió lo que voy a narrar ahora. Ocupábamos una casa de la calle de Pabostre. Los franceses eran dueños de la inmediata, y trataban de avanzar por el interior de la manzana hasta llegar a la calle de Puerta Quemada. Nada es comparable a la expedición laboriosa por dentro de las casas; ninguna clase de guerra, ni las más sangrientas batallas en campo abierto, ni el sitio de una plaza, ni la lucha en las barricadas de una calle, pueden compararse a aquellos choques sucesivos entre el ejército de una alcoba y el ejército de una sala, entre las tropas que ocupan un piso y las que guarnecen el superior.

Sintiendo el sordo golpe de las piquetas por diversos puntos, nos causaba espanto el no saber por qué parte seríamos atacados. Subíamos a las buhardillas; bajábamos a los sótanos, y pegando el oído a los tabiques procurábamos indagar el intento del enemigo según la dirección de sus golpes. Por último, advertimos que se sacudía con violencia el tabique de la misma pieza donde nos encontrábamos, y esperamos a pie firme en la puerta después de amontonar los muebles formando barricada. Los franceses abrieron un agujero, y luego, a culatazos, hicieron saltar maderos y cascajo, presentándonos en actitud de querer echarnos de allí. Eramos veinte. Ellos eran menos, y como no esperaban ser recibidos de tal manera, retrocedieron, volviendo al poco rato en número tan considerable, que nos hicieron gran daño, obligándonos a retirarnos, después de dejar tras los muebles cinco compañeros, dos de ellos muertos. En el pasillo topamos con una escalera por donde subimos precipitadamente sin saber a dónde íbamos; nos hallamos en un desván, posición admirable para la defensa. Era angosta la escalera, y el francés que intentaba pasarla moría sin remedio. Así estuvimos un buen rato, prolongando la resistencia, y animándonos unos a otros con vivas y aclamaciones, cuando el tabique que teníamos a la espalda empezó a estremecerse con fuertes golpes, y al punto comprendimos que los franceses, abriendo una entrada por aquel sitio, nos cogerían irremisiblemente entre dos fuegos.

El tío Garcés, que nos mandaba, exclamó furioso:

—¡Recuernos! No nos cogerán esos perros. En el techo hay un tragaluz. Salgamos por él al tejado. Que seis sigan haciendo fuego aquí... Al que quiera subir, partirlo. Que los demás agranden el agujero: fuera miedo, y ¡viva la Virgen del Pilar!

Se hizo como él mandaba. Ello iba a ser una retirada en regla, y mientras parte de nuestro ejército contenía la marcha invasora del Imperio, los demás se ocupaban en facilitar el paso. Este hábil plan fue puesto en ejecución sin demora, y bien pronto el hueco de escape tenía suficiente anchura para que pasaran tres hombres a la vez, sin que durante el tiempo empleado en esto ganaran los franceses un solo peldaño. Velozmente salimos al tejado. Eramos nueve. Tres habían quedado en el desván, y otro fue herido al querer salir, cayendo vivo en poder de Francia.

Saltamos al tejado de la casa cercana y nos internamos en ella por la ventana de un chiribitil, considerando fácil el bajar desde allí a la calle. Pero aún no habíamos puesto el pie en firme, cuando sentimos disparos en los aposentos inferiores.

Pasando de un desván a otro, vimos una escalera de mano, y oímos vivo rumor de voces, destacándose en él voces de mujer. El estré-

pito de la lucha procedía del punto más bajo. Franqueando la escalera nos hallamos en una gran habitación, materialmente llena de gente, la mayor parte ancianos, mujeres y niños, que habían buscado refugio en aquel lugar. Muchos, arrojados sobre jergones, mostraban en su rostro las huellas de la terrible epidemia, y algún cuerpo inerte sobre el suelo tenía todas las trazas de haber exhalado el último suspiro momentos antes.

Otros estaban heridos, y se lamentaban sin poder contener la crueldad de sus dolores; dos o tres viejas lloraban o rezaban. Algunas voces se oían de rato en rato diciendo con angustia: «agua, agua». Ya íbamos a salir, cuando vi a María Candiola. La infeliz estaba transfigurada por el insomnio, el llanto y el terror. Me vio, y al punto fue hacia mí con viveza, mostrando deseo de hablarme.

—¿Y Agustín? —le pregunté.

—Abajo está —repuso con voz temblorosa—. Abajo están dando una batalla. Las personas que nos habíamos refugiado en esta casa estábamos repartidas por los distintos aposentos. Mi padre llegó esta mañana con Doña Guedita. Agustín nos trajo de comer, y nos puso en un cuarto donde había un colchón. De repente sentimos golpes en los tabiques... Venían los franceses. Entró la tropa; nos hicieron salir; trajeron los heridos y los enfermos a esta sala alta... Aquí nos han encerrado a todos, y luego, rotas las paredes, los franceses se han encontrado con los españoles y han empezado a pelear... ¡Ay! Agustín anda abajo también...

Esto decía, cuando entró Manuela Sancho, trayendo dos cántaros de agua para los heridos. Aquellos desgraciados se arrojaron frenéticamente de sus lechos, disputándose a golpes un vaso de agua.

«No empujar, no atropellarse, señores —dijo Manuela riendo—. Hay agua para todos. Vamos ganando. Trabajo ha costado echarles de la alcoba, y ahora están disputándose la mitad de la sala, porque la otra mitad está ya ganada. Les quitaremos también la cocina y la escalera. Todo el suelo está lleno de muertos».

Tenía razón Manuela Sancho al decir que íbamos ganando. Desalojados del piso principal de la casa, los franceses habíanse retirado al de la contigua, donde continuaban defendiéndose. Cuando yo bajé, todo el interés de la batalla estaba en la cocina, disputada con encarnizamiento; pero lo demás de la casa nos pertenecía. Cadáveres de una y otra nación cubrían el ensangrentado suelo; algunos patriotas y soldados, rabiosos por no poder conquistar aquella cocina funesta, desde donde se les hacía tanto fuego, lanzáronse dentro de ella a la bayoneta, y aunque perecieron bastantes, este acto de arrojo decidió la cuestión, porque tras ellos fueron otros, y por fin todos los que cabían.

Aterrados los imperiales con tan ruda embestida, buscaron salida precipitadamente por el laberinto que de pieza en pieza habían abierto. Persiguiéndoles por pasillos y aposentos, cuya serie inextricable volvería loco al mejor topógrafo, les rematabamos donde podíamos alcanzarles, y algunos de ellos se arrojaban desesperadamente a los patios. De este modo, después de reconquistar aquella casa, reconquistamos la vecina, obligándoles a contenerse en sus antiguas posiciones, que eran por aquella parte las dos casas primeras de la calle de Pabostre.

Después retiramos los muertos y heridos, y tuve el sentimiento de encontrar entre éstos a Agustín Montoria, aunque no era de gravedad el balazo recibido en el brazo derecho. Mi batallón quedó aquel día reducido a la mitad.

Cada día, cada hora, cada instante, las dificultades crecientes de nuestra situación militar se agravaba con el obstáculo que ofrecía número tan considerable de víctimas, hechas por el fuego y la epidemia. Hacinados estaban allí unos sobre otros, sin poder recibir auxilio, multitud de hombres destrozados por horribles heridas.

Llegó un día en que cierta impasibilidad, más bien espantosa y cruel indiferencia, se apoderó de los defensores, y nos acostumbramos a ver un montón de muertos, cual si fuera montón de sacas de lana; nos hicimos a ver sin lástima largas filas de heridos arrimados a las casas, curándose cada cual como mejor podía. La familiaridad con el peligro había transfigurado nuestra naturaleza, infundiéndole el desprecio absoluto de la materia y total indiferencia de la vida.

Ya os he dicho que inmediato al convento de las Mónicas estaba el de Agustinos Observantes, edificio de bastante capacidad, con una iglesia no pequeña, vastas crujías y un claustro espacioso. Era, pues, indudable que los franceses, dueños ya de las Mónicas, habrían de poner gran empeño en poseer también aquel otro monasterio para establecerse sólida y definitivamente en el barrio.

Estábamos acomodando a nuestros heridos en la casa que hacía de hospital, cuando nos puso en cuidado un grande estruendo. Un fraile apareció diciéndonos a gritos:

«Hijos míos, han volado la pared medianera del lado de las Mónicas, y ya les tenemos en casa. Corred a la iglesia; ellos deben haber ocupado la sacristía; pero no importa. Si vais a tiempo seréis dueños de la nave principal, de las capillas, del coro. ¡Viva la Santa Virgen del Pilar!»

Marchamos a la iglesia; pero los franceses que habían entrado por la sacristía se nos adelantaron, y ya ocupaban el altar mayor. Yo no había visto jamás una mole churrigueresca, cuajada de esculturas

y follajes de oro, sirviendo de parapeto a la infantería; yo no había visto que vomitasen fuego los mil nichos, albergue de mil santos de ebanistería; yo no había visto nunca que los rayos de madera dorada, que fulminan su llama inmóvil desde los huecos de una nube de cartón poblada de angelitos, se confundieran con los fogonazos, ni que tras los pies del Santo Cristo, y tras el nimbo de oro de la Virgen María, el ojo vengativo del soldado afinara su mortífera puntería.

Baste deciros que el altar mayor de San Agustín era una gran fábrica de talla estofada, cual otras que habréis visto en templos de España. Este armatoste se extendía desde el piso a la bóveda, y de machón a machón, representando en sucesivas hileras de nichos como una serie de jerarquías celestiales. Aunque la mole se apoyaba en el muro del fondo, había pasadizos interiores dedicados al servicio casero de aquella república de santos, y por ellos el lego sacristán podía subir desde la sacristía a mudar el traje de la Virgen o a encender las velas del altísimo Crucifijo.

Los franceses se posesionaron rápidamente de los estrechos tránsitos que he mencionado; y cuando llegamos nosotros, en cada nicho, detrás de cada santo, y en innumerables agujeros abiertos a toda prisa, brillaba el cañón de los fusiles. Igualmente establecidos detrás del ara santa, que a empujones adelantaron un poco, se preparaban a defender en toda regla la cabecera de la iglesia.

No nos hallábamos enteramente a descubierto, y para resguardarnos del gran retablo teníamos los confesionarios, los altares de las capillas y las tribunas. Los más expuestos éramos los que entramos por la nave principal; y unos avanzaron resueltamente hacia el fondo, otros tomamos posiciones en el coro bajo, tras el facistol, tras las sillas y bancos amontonados contra la reja, molestando desde allí con cierta puntería al imperio napoleónico, posesionado del altar mayor.

El tío Garcés, con nueve de igual empuje, corrió a posesionarse del púlpito, otra pesada fábrica churrigueresca, cuyo guarda-polvo, coronado por una estatua de la Fe, casi llegaba al techo. Subieron, ocupando la cátedra sagrada y su escalera, y desde allí, con singular acierto, dejaban seco a todo francés que, abandonando el presbiterio, se adelantaba a lo bajo de la iglesia. También sufrían ellos bastante, porque les abrasaban los del altar mayor, deseosos de quitar de en medio aquel obstáculo. Al fin se destacaron unos veinte franceses, resueltos a tomar a todo trance aquel reducto de madera, sin cuya posesión era locura intentar el paso de la nave. No he visto nada más parecido a una gran batalla, y así como en ésta la atención de uno y otro ejército se reconcentra a veces en un punto, el más disputado y apetecido de todos, y cuya pérdida o conquista decide el éxito de la

lucha, así la atención de todos se dirigió al púlpito, tan bien defendido como bien atacado.

Los veinte tuvieron que resistir el vivísimo fuego que se les hacía desde el coro, y la explosión de las granadas de mano que los de las tribunas les arrojaban; pero a pesar de sus grandes pérdidas, avanzaron resueltamente a la bayoneta contra la escalera. No se acobardaron los diez defensores del fuerte, y defendiéndose a arma blanca con aquella superioridad infalible que siempre tuvieron en este género de lucha. Muchos de los nuestros, que antes hacían fuego parapetados tras los altares y los confesonarios, corrieron a atacar a los franceses por la espalda, representando de este modo en miniatura el episodio de una vasta acción campal.

De la sacristía salieron mayores fuerzas enemigas, y nuestra retaguardia, que se había mantenido en el coro, salió también. Algunos que se hallaban en las tribunas de la derecha saltaron fácilmente a la cornisa de un gran retablo lateral, y no satisfechos con hacer fuego desde allí, desplomaron sobre los franceses tres estatuas de santos que coronaban los ángulos del ático. En tanto, el púlpito se sostenía con firmeza, y en medio de aquel infierno, ví al tío Garcés ponerse en pie desafiando el fuego, y accionar como un predicador, gritando desafortadamente con voz ronca. Si alguna vez viera al demonio predicando el pecado en la cátedra de una iglesia, invadida por todas las potencias infernales en espantosa bacanal, no me llamaría la atención.

Aquello no podía prolongarse mucho tiempo, y Garcés, atravesado por cien balazos, cayó de súbito, lanzando un feroz aullido. Los franceses, que en gran número llenaban la sacristía, vinieron en columna cerrada, y en los tres escalones que separan el presbiterio del resto de la iglesia, nos presentaron un muro infranqueable. La descarga de esta columna decidió la cuestión del púlpito, y quintados en un instante, dejando sobre las baldosas gran número de muertos, nos retiramos a las capillas. Perecieron los primitivos defensores del púlpito, así como los que luego acudieron a reforzarlos, y al tío Garcés, acribillado a bayonetazos después de muerto, le arrojaron en su furor los vencedores por encima del antepecho. Así concluyó aquel excelso patriota que no nombra la historia.

XII

El capitán de nuestra compañía quedó también inerte sobre el pavimento. Precipitadamente nos retiramos a una capilla. Algunos

opinaron que con los bancos, las imágenes y la madera de un retablo viejo, que fácilmente podía ser hecho pedazos, debíamos levantar una barricada en el arco de la capilla y defendernos hasta lo último; pero dos Padres agustinos se opusieron a este esfuerzo inútil, y uno de ellos nos dijo:

«Hijos míos, no os empeñéis en prolongar la resistencia, exponiéndoos a perder vuestras vidas sin ventaja alguna. Los franceses están atacando en este instante el edificio por la calle de las Arcadas. Corred allí a ver si lográis atajar sus pasos; pero no penséis en defender la iglesia, profanada por esos cafres».

Estas exhortaciones nos obligaron a salir al claustro, y todavía quedaban en el coro algunos soldados de *Extremadura* tiroteándose con los franceses, que ya invadían toda la nave.

Por orden del general Saint-March abandonamos San Agustín, cuya defensa era ya humanamente imposible. Cuando pasábamos por la calle del mismo nombre, paralela a la del Palomar, vimos que desde la torre de la iglesia arrojaban granadas de mano sobre los franceses, establecidos en la plazoleta inmediata a la última de aquellas dos vías. ¿Quién lanzaba aquellos proyectiles desde la torre? Para decirlo brevemente y con más elocuencia, abramos la Historia y leamos: «En la torre se habían situado y pertrechado siete u ocho paisanos con víveres y municiones para hostigar al enemigo, y subsistieron verificándolo por unos días sin querer rendirse».

Allí estaba el insigne Pirlí. ¡Oh, Pirlí! Más feliz que el tío Garcés, tú ocupas un lugar en la Historia.

Incorporados al batallón de *Extremadura*, se nos llevó por la calle del Palomar hasta la plaza de la Magdalena. Como nos habían dicho, el enemigo procuraba extenderse por la calle de Pabostre para apoderarse de Puerta Quemada, punto importantísimo que le permitía enfilarse con su artillería la calle del mismo nombre hasta la plaza de la Magdalena; y como la posesión de San Agustín y las Mónicas les permitía amenazar aquel punto céntrico por el fácil tránsito de la calle de Palomar, ya se conceptuaban dueños del barrio.

Después de una breve espera, nos llevaron a la calle de Pabostre; y como la lucha era combinada entre el interior de los edificios y la vía pública, entramos por la calle de los Viejos a la primera manzana. Desde las ventanas de la casa en que nos situaron no se veía más que humo, y apenas podíamos hacernos cargo de lo que allí pasaba; mas luego advertí que la calle estaba llena de zanjas y cortaduras de trecho en trecho, con parapetos de tierra, muebles y escombros.

Por no ser prolijo, no referiré aquí las peripecias de aquel combate de la calle de Pabostre. Dentro de las casas ocurrían escenas co-



PALAFIX

mo las que en otro lugar se refieren, pero con mayor encarnizamiento, porque el triunfo se creía más definitivo. La ventaja adquirida en una pieza perdíanla los imperiales en otra; la acción trabada en la buhardilla descendía peldaño por peldaño hasta el sótano, y allí se remataba al arma blanca, con ventaja siempre para los paisanos. Las voces de mando con que unos y otros dirigían los movimientos dentro de aquellos laberintos, retumbaban de pieza en pieza con ecos espantosos.

En una de las zanjias abiertas en la calle, una mujer, más que ninguna valerosa, Manuela Sancho, después de hacer fuego de fusil, disparó varios tiros en la pieza de a 8. Mantúvose ilesa durante gran parte del día, animando a todos con sus palabras y sirviendo de ejemplo a los hombres; pero serían las tres de la tarde cuando cayó en la zanja, herida en una pierna, y durante largo tiempo confundióse con los muertos, porque la hemorragia la dejó exánime y con apariencia de cadáver. Más tarde, advirtiéndole que respiraba, la retiramos, y fue curada, quedando tan bien, que años después tuve el gusto de verla viva.

Poco después de las tres, horrisona explosión conmovió las casas que los franceses nos habían disputado tan encarnizadamente durante la mañana, y entre el espeso humo y el polvo, más espeso aún que el humo, vimos volar en pedazos mil las paredes y el techo, cayendo todo al suelo con un estruendo del que no puede darse idea. Los franceses empezaban a emplear la mina para conquistar lo que por ningún otro medio podía arrancarse de las manos aragonesas.

Cuando reventó la primera casa, nos mantuvimos serenos en las inmediatas y en la calle; pero cuando con estallido más fuerte aún vino a tierra la segunda, inicióse el movimiento de retirada con bastante desorden. Al considerar que eran sepultados entre las ruinas lanzados al aire tantos infelices compañeros, que no se habrían dejado vencer por la fuerza del brazo, nos sentimos débiles para luchar con aquel elemento de destrucción; creíamos que en todas las demás casas y en la calle, minadas ya también, iban a estallar horribles cráteres, que nos esparcirían desgarrados en sangrientos girones.

Palafox se presentó a la entrada de la calle, y su presencia nos contuvo algún tanto. El mucho ruido impidióme oír lo que nos dijo.

—Ya oís, muchachos, ya oís lo que dice el capitán general—vociferó a nuestro lado un fraile de los que venían en la comitiva de Palafox—. Dice que no habrá en Zaragoza una mujer que os mire, si al punto nos os arrojáis sobre las ruinas de las casas y echáis de allí a los franceses.

Estas y otras patrióticas expresiones enardecieron nuestros ánimos extenuados. Ocasión es esta de hablaros de este personaje eminente, cuyo nombre va unido al de las célebres proezas de Zaragoza.

Debía en gran parte su prestigio a su gran valor; pero también a su hermosa y arrogante presencia, y a la nobleza de su origen, al respeto con que siempre fue mirada allí la familia de Lazán. Lo que ante todo hacía simpático al caudillo zaragozano era su indomable y serena valentía, aquel ardor juvenil con que acometía lo más peligroso y difícil, por simple afán de tocar un ideal de gloria.

Los zaragozanos habían simbolizado en él sus virtudes, su patriotismo ideal y un tanto místico, y su fervor guerrero. Lo que Palafox disponía todos lo encontraban bueno y justo. Era en realidad como un soberano constitucional, que reinaba y no gobernaba. Gobernaban de hecho el Padre Basilio, O'Neilly, Saint-March y Butron, clérigo escolapio el primero, generales insignes los otros tres.

Como he dicho, Palafox nos detuvo, y aunque abandonamos casi toda la calle de Pabostre, nos mantuvimos firmes en Puerta Quemada. Si encarnizada fue la batalla hasta las tres, hora en que nos encontramos hacia la plaza de la Magdalena, no lo fue menos desde dicha ocasión hasta la noche. Los franceses emprendieron trabajos en las casas arruinadas por los hornillos, y era curioso ver cómo entre las masas de cascote y vigas se abrían pequeñas plazas de armas, caminos cubiertos y plataformas para emplazar la artillería. Aquella era una guerra que cada vez se iba pareciendo menos a las demás guerras conocidas.

Sitiadores y situados, deseosos de rematarse pronto, y no pudiendo conseguirlo en la laberíntica guerra de las madrigueras, empezaron a destruirlas, unos con la mina, otros con el incendio, quedándose a descubierto como el impaciente gladiador que arroja su escudo.

¡Qué tarde, qué noche! Al llegar aquí me detengo cansado y sin aliento, y mis recuerdos se nublan, como se nublaron mi pensar y mi sentir en aquella tarde espantosa. Hubo, pues, un momento en que, agotada la resistencia física, mi pobre cuerpo se arrastraba sobre el arroyo, tropezando con cadáveres insepultos o medio inhumados entre los escombros. Mis sentidos, salvajemente lanzados a los extremos del delirio, no me representaban claramente el lugar donde me encontraba, y la noción del vivir era un conjunto de vagas confusiones, de dolores inauditos. No me parecía que fuese de día, porque en algunos puntos lóbrega oscuridad envolvía la escena; mas tampoco me consideraba en medio de la noche, porque llamas semejantes a las que suponemos en el infierno enrojecían la ciudad por otro lado.

Sólo sé que me arrastraba pisando cuerpos, yertos unos, con movimientos otros, y que más allá, siempre más allá, creía encontrar un pedazo de pan y un buche de agua. ¡Qué desfallecimiento! ¡Qué hambre! ¡Qué sed! Vi correr a muchos con ágiles movimientos; les oí gritar; vi proyectadas sus inquietas sombras formando espantajos sobre

las paredes cercanas: iban y venían no sé adónde ni de dónde. Algunos, más felices que los demás, tuvieron fuerza para registrar entre los cadáveres, y recoger mendrugos de pan, piltrafas de carne envuelta en tierra, que devoraban con avidez.

Algo reanimados seguimos buscando y pude alcanzar una parte en las migajas de aquel festín. Por fin encontramos unas mujeres que nos dieron a beber agua fangosa y tibia. Nos disputamos el vaso de barro, y luego en las manos de un muerto descubrimos un pañuelo liao do que contenía dos sardinas secas y algunos bollos de aceite.

Me sentí con algún brío y pude andar, aunque difícilmente. Advertí que todo mi vestido estaba lleno de sangre, y sintiendo un vivo escozor en el brazo derecho, juzguéme gravemente herido; pero aquel malestar era de una contusión insignificante, y las manchas de mis ropas provenían de haberme arrastrado entre charcos de fango y sangre.

Los incendios continuaban. Sobre la ciudad pesaba una densa niebla, formada de polvo y humo, la cual, con el resplandor de las llamas, formaba perspectivas horrorosas que jamás se ven en el mufo; en sueños, sí. Las casas despedazadas, con sus huecos abiertos a la claridad como ojos infernales; las recortaduras angulosas de las ruinas humeantes; las vigas encendidas eran espectáculo menos siniestro que el de aquellas figuras saltones e incansables, que no cesaban de revolotear allí delante, allí mismo, casi en medio de las llamas. Eran los paisanos de Zaragoza que aún se estaban batiendo, y les disputaban a los franceses ferozmente un palmo del infierno.

Me encontraba en la calle de Puerta Quemada. Di algunos pasos; pero caí otra vez rendido de fatiga. Un fraile, viéndome cubierto de sangre, se me acercó y empezó a hablarme de la otra vida y del premio eterno destinado a los que mueren por la patria. Díjele que no estaba herido; pero que el hambre, el cansancio y la sed me habían prostrado, y que creía tener los primeros síntomas de la epidemia. Entonces el buen religioso, en quien al punto reconocí al Paje Mateo del Busto, se sentó a mi lado.

—«¿Está vuestra paternidad herido? —Le pregunté, viendo un lienzo atado a su brazo derecho».

—Sí, amigo Araceli: una bala me ha destrozado el brazo y el hombro. Siento grandísimo dolor, pero es preciso aguantarlo. Más padeció Cristo por nosotros. Desde que amaneció no he cesado de curar heridos y encaminar moribundos al Cielo. Una mujer me ató este lienzo en el brazo derecho, y seguí mi tarea. Creo que no viviré mucho... ¡Cuánto muerto, Dios mío! ¿Has visto aquella zanja que hay al fin de la calle de los Clavos? Pues allí yace sin vida mi perrillo, el desgraciado Coridón. Fue víctima de su arrojo. Pasábamos por allí para

recoger unos heridos, cuando vimos hacia las eras de San Agustín un grupo de franceses que pasaban de una a otra. Coridón, siempre impetuoso hasta el heroísmo, se lanzó ladrando sobre ellos. ¡Ay!, ensartándolo en una bayoneta lo arrojaron exánime dentro de la zanja... ¡Cuántas víctimas en un solo día, Gabriel! ¡Pues no tiene usted poca suerte en haber salido ileso! Pero se morirá usted de la epidemia, que es peor. Joven, ánimo: el cielo se abre para recibirle a usted, y la Virgen del Pilar le agasajará con su manto de estrellas. La vida no vale nada... En nombre de Dios le perdono a usted todos sus pecados.

Pronunció, bendiciéndome, el *ego te absolvo*, y extendiéndose luego cuan largo era sobre el suelo. Su aspecto era tristísimo, y aunque yo no me encontraba bien, juzgueme en mejor estado de salud que el buen fraile. Le llamé gritando en su oído, y como no me respondiese sino con lastimeros quejidos, aparteme de allí para buscar quien fuera en su ayuda. Encontré a varios hombres y mujeres y les dije:

«Ahí está el Padre Fray Mateo del Busto que no puede moverse».

Pero no hicieron caso y siguieron adelante. Por fin, con dos amigos que se me juntaron, fui a prestar auxilio al pobre Fraile Mínimo. Cuando le preguntamos cómo se encontraba, nos contestó así:

«¿Qué es eso? ¿Ya tocan a maitines? Todavía es temprano. Yo me duermo. Estoy rendido».

Entre los tres le cargamos; pero al poco trecho se nos quedó muerto entre los brazos.

Mis compañeros acudieron al fuego, y yo a seguirles me disponía, cuando alcancé a ver un hombre cuyo aspecto llamó mi atención. Era el tío Candiola, que salió de una casa cercana con los vestidos chamuscados. Le detuve en medio de la calle preguntándole por su hija y por Agustín, y con gran agitación me respondió:

—¡Mi hija!... No sé... Allá, allá está... ¡Todo, todo lo he perdido! ¡Los pagarés! ¡Se han quemado los pagarés! ¡Santa Virgen del Pilar, y tú, Santo Dominguito de mi alma!, ¿por qué se han quemado mis recibos? Todavía se pueden salvar... ¿Quiere usted venir a mi casa? Debajo de aquella gran viga ha quedado la caja en que guardo algunos dinerillos..., pocos..., no vayan a creer... ¿Dónde hay por ahí media docena de hombres?... ¡Dios mío! Pero esa Junta, esa Audiencia, ese capitán general, ¿en qué están pensando?... ¡Eh!, paisano, amigo, hombre caritativo..., a ver si levantamos la viga que cayó en el rincón!... ¡Eh!, dejen ahí en un ladito ese moribundo que llevan al hospital, y vengan a ayudarme. ¿No hay un alma piadosa? Parece que los corazones se han vuelto de bronce... Ya no hay sentimientos humanitarios... ¡Oh!, zaragozanos sin piedad, ¡ved cómo Dios os está castigando!

XIII

Los desgarradores lamentos del tacaño añadían la nota más lúgubre a la queja horripilante de los heridos y hambrientos. Los que mayormente irritaba a don Jerónimo era el patriotismo. Del heroísmo hablaba pestes. Según él, era delito imperdonable dejarse matar cuando se debían cantidades que el acreedor no había de cobrar en el otro mundo. Ved con que lógica horrible argumentaba: «Ya se ve; esto de pagar es muy duro, y algunos dicen: «muramos y nos quedaremos con el dinero». Pero Dios debiera ser inexorable con esta canalla heroica, y en castigo de su infamia resucitarlos para que se las vieran con el alguacil y el escribano. ¡Dios mío, resucítalos! ¡Santa Virgen del Pilar, Santo Dominguito del Val, resucítalos!»

En esto llegaron la vieja y María con algunas provisiones, y se llevaron al avariento al mísero albergue que se habían proporcionado en un portal del callejón del Organo. Por María supe la terrible desgracia que a los Montorias afligía: había muerto el primogénito, Manuel Montoria.

Confirmó la fatal nueva mi amigo don Roque, el cual me dijo que la viuda de Manuel, los padres don José y doña Leocadia estaban en la próxima calle de la Parra, donde el cadáver yacía. No quiero afligiros refiriéndoos la luctuosa escena que allí vi. A la inmensa desdicha que ya sabéis, añadid ahora que el niño de Manuel, de cuatro años de edad, atacado de la epidemia y ya moribundo, espiraba en los brazos de su madre. El cuadro era de inenarrable tribulación. Don José Montoria, el hombre de acero, se violentaba para conservar su entereza; perdiéronla absolutamente doña Leocadia y su nuera, la viuda de Manuel. Ambas atronaban la calle con desgarradores ayes y lamentos. Todos llorábamos, y era en verdad peregrino y espantoso que el llanto mismo nos sirviera de consuelo, porque bebiéndonos nuestras lágrimas creíamos ingerir algún alimento.

A los pocos minutos de mi llegada, expiró el niño... Su cuerpo frío retiramos don José y yo de los brazos de la madre, mientras Agustín pugnaba por llevarse a ésta... No hay palabras para expresar tal acumulación de humanos dolores, sobrepuestos y enzarzados unos en otros... Pasado algún tiempo, el gran Montoria, con esforzado corazón y tirantez sobrehumana de su voluntad nos dijo: «Es preciso que enterremos a mi hijo y a mi nieto».

Miró él, miramos todos en derredor, y vimos innumerables cadáveres insepultos. En la calle de las Rufas había bastantes; en la inmediata de la Imprenta se había constituido una especie de depósito.

No es exageración lo que voy a decir. Parece mentira, pero es cierto. Un hombre entró en la calle de la Imprenta y empezó a dar voces. Por un ventanillo apareció otro hombre que, contestando al primero, dijo: «Sube». Entonces aquél, creyendo que era extraviado entrar en la casa y subir por la escalera, trepó por el montón de cuerpos y llegó al piso principal, una de cuyas ventanas le sirvió de puerta.

En otras muchas calles ocurría lo mismo. ¿Quién pensaba en abrir sepulturas? Por cada par de brazos útiles y por cada azadón había cincuenta muertos. De trescientos a cuatrocientos perecían diariamente sólo de la epidemia.

Montoria, al ver tal cúmulo de muertos, habló así:

—Mi hijo y mi nieto no pueden tener el privilegio de dormir bajo tierra. Sus almas están en el Cielo: ¿Qué importa lo demás? Les acomodaremos ahí, en la puerta de la calle de las Rufas... Ea, señores, despachemos pronto, que quizás hagamos falta en otra parte.

—Señor don José —dijo don Roque llorando— retírese usted también, que los amigos cumpliremos este triste deber.

—No, yo soy hombre para todo y Dios me ha dado un alma que no se dobla ni se rompe.

Entre él y yo cargamos el cadáver de Manuel, Agustín cogió el del niño, para ponerlos en la entrada del callejón de las Rufas, donde otras muchas familias habían depositado sus muertos. Montoria, luego que soltó el cuerpo, exhaló un suspiro, y dejando caer los brazos, como si el esfuerzo hecho hubiera agotado sus fuerzas, dijo:

«Es verdad, ¡porra! Yo no puedo negar que estoy cansado. Ayer me encontraba joven; hoy me encuentro viejo».

Efectivamente: Montoria estaba viejísimo, y una noche había condensado en él la vida de diez años.

¡Dios mío, cuan difícil y penoso fue apartar de aquel sitio a las inconsolables madres! Casi a cuestras hubimos de llevarlas por entre un gentío en que se destacaban los grupos de mujeres consternadas y las escenas dolorosas. Don Roque y dos ancianos, amigos de la familia, quedaron custodiando los cuerpos en la calle de la Rufas.

En aquel mismo día tuve ocasión de apreciar la tremenda rivalidad entre el gran patriota aragonés y don Jerónimo de Candiola. Este hombre sin entrañas no se recataba para manifestar su alegría por la muerte del primogénito de Montoria. La celebraba como un triunfo personal, y un designio de la Providencia en favor suyo. En cambio, don José, que con él hubo de tropezarse en el Coso, le pidió perdón por las ofensas verbales de aquel día... Al quitarle mediante pago los costales de harina, no hizo más que cumplir las órdenes de la Junta de Abastos. Lejos de imitar a Montoria en su cristiana conducta, Candiola vomitó contra él injurias atroces y repugnantes, rene-

gando de los patriotas y del patriotismo, amenazando con tomar represalias cuando en la ciudad hubiese autoridades y justicia conforme a regulares leyes. Era en verdad un hombre insidioso y vil, que por cobardía no dejaba entrever sus traidoras intenciones.

Y esta fiera discordia entre los padres había de poner a los hijos en grave conflicto de amor, porque muerto Manuel Montoria, y siendo Agustín el llamado a perpetuar el nombre y lustre de la familia, antes se juntaría el Cielo con la Tierra que autorizar don José y doña Leocadia el casamiento de su hijo con Mariquita Candiola. Ni ésta ni su inocente novio creían ya en el milagro de la Virgen del Pilar. La Virgen les abandonaba y el rosado cuento de Agustín terminaría forzosamente en una convulsión trágica (5). No habría bodas como no se celebraran entre llamaradas del Infierno.

El 3 de febrero se apoderaron los franceses del Convento de Jerusalén, que estaba entre Santa Engracia y el Hospital. La acción que precedió a la conquista de tan importante posición fue tan sangrienta como las de las Tenerías, y allí murió el distinguido comandante de ingenieros don Marcos Simonó. Por la parte oriental poco adelantaban los sitiadores, y en los días 6 y 7 todavía no habían podido dominar la calle de Puerta Quemada.

Las autoridades comprendían que era difícil prolongar mucho más la resistencia, y con ofertas de honores y dinero intentaban exaltar a los patriotas. En una proclama del 2 de febrero, decía Palafox a los que pedían recursos: «Doy mis dos relojes y veinte cubiertos de plata, que es lo que me queda». En la del 9 se quejaba de la indiferencia y *abandono con que algunos vecinos miraban la suerte de la patria*, y después de suponer que el desaliento era producido por el *oro francés*, amenazaba con grandes castigos al que se mostrara cobarde.

Mi batallón se había fundido en el de *Extremadura*, pues el resto de uno y otro no llegaba a tres compañías. Agustín Montoria era capitán, y yo, que a mediados de enero recibí galones de sargento, fui ascendido a alférez el día 2. No volvimos a prestar servicio en Tenerías, y lleváronnos a guarecer a San Francisco, vasto edificio que ofrecía buenas posiciones para tirotear a los franceses, establecidos en Jerusalén.

Desde el día 4 empezaron los franceses a minar el terreno para apoderarse del Hospital y de San Francisco, pues hartos sabían que de otro modo era imposible. Para impedirlo contraminamos, con objeto de volarles a ellos antes que nos volaran a nosotros, y este trabajo arduo en las entrañas de la tierra a nada del mundo puede compararse. Entre los golpes de nuestras piquetas oíamos, como un sordo eco, el de las piquetas de los franceses, y después de habernos batido y destrozado en la superficie, nos buscábamos en la horrible noche de aquellos sepulcros para acabar de exterminarnos.

(5) «Trágica», en el original.

En esta penosa tarea nos relevábamos con frecuencia, y en los ratos de descanso salíamos al Coso, sitio céntrico de reunión y al mismo tiempo parque, hospital y cementerio general de los sitiados. Una tarde (creo que la del 5) comentábamos en la portería de San Francisco las peripecias del sitio, opinando todos que bien pronto sería imposible la resistencia. El corrillo se renovaba constantemente.

La comidilla de aquel día fue que algunos malos patriotas habían traspasado las líneas visitando el campo francés con ánimo de acelerar la rendición por reprobados medios. Alguien acusó a Candiola de andar en estos odiosos tratos. El lo negó. Era calumnia, infame tramoya de sus enemigos para perderle. Un compañero nuestro aseguró después haberle visto franquear la última barricada frente a Jerusalén. La opinión se condensó tan vigorosamente contra Candiola que una tarde hubimos de dar una verdadera batalla en el Coso para salvarle de la muerte.

Os contaré brevemente la verdad de la execrable traición del gran tacaño de Zaragoza. Jerónimo de Candiola vino muy niño de Baleares a la capital de Aragón con sus padres, en la calle de San Voto, con un comercio mísero de loza ordinaria y cordelería. Vivió la familia algunos años pobremente. Jerónimo, cuando apenas contaba doce años, fue monaguillo en las monjas de Jerusalén. Conocía un paso subterráneo, que arrancando de aquel convento, pasaba por San Diego y Santa Rosa y concluía en la casa llamada de *los Duendes*. Desde los sótanos de ésta bastaba una corta galería para llegar debajo de la sala capitular de San Francisco. Candiola fue al campo francés, se puso en comunicación con un capitán de suizos llamado don Carlos Lindener, que había pasado del servicio de España al de Francia, y... lo demás lo comprenderéis fácilmente por el hecho terrible que voy a referiros.

Hallábame yo en la calle de San Gil al servicio de las piezas que allí habíamos emplazado, cuando nos estremeció una detonación tan fuerte que ninguna palabra del lenguaje tiene energía para expresarla. Creímos que la ciudad entera era lanzada al aire por la explosión de un inmenso volcán abierto bajo sus cimientos. Todas las casas temblaron, oscureciéndose el Cielo con inmensa nube de humo y de polvo, y a lo largo de la calle vimos caer trozos de pared, miembros despedazados, maderas, tejas, lluvias de tierra y material de todas clases.

«La Santa Virgen del Pilar nos asista! —exclamó don José de Montoria—. Parece que ha volado el mundo entero. ¿Qué es esto? ¿Existe todavía Zaragoza?... Ha volado el convento de San Francisco. ¡Porra!, traición hay aquí, ¡mil porras!

Gravemente herido en una pierna, el gran patriota andaba con dificultad. «Traición..., ha sido traición —gritábamos todos».

Acercóse a nosotros el locuaz mendigo de quien hice mención en las primeras páginas de este relato.

—*Sursum Corda* —le dijo Montoria—, dame tus muletas que para nada las necesitas.

—Déjeme su merced llegar a aquel portal —replicó el cojo— y se las daré. No quiero morirme en medio de la calle.

—¿Te mueres tú?

—¡Así parece! La calentura me abrasa. Estoy herido en el hombro desde ayer y todavía no me han sacado la bala. Siento que me voy... Tome usía las muletas...

Con ellos pudo avanzar un poco Montoria hacia el lugar de la catástrofe. Los franceses habían cesado de hostilizar el convento por el lado del hospital; pero asaltándolo por San Diego ocupaban a toda prisa las ruinas, que nadie podía disputarles. Conservábase en pie la iglesia y torre de San Francisco.

Espantado quedé oyendo hablar a Montoria y a un oficial de Ingenieros de la posibilidad de arrojar a los franceses de las ruinas del Convento de San Francisco. Comprenderéis la sublimidad de este absurdo cuando sepáis que dos o tres docenas de hombres extenuados, hambrientos, descalzos, medio desnudos, algunos de ellos heridos, se sostuvieron todo el día en la torre; mas no contentos con esto, extendiéronse por el techo de la iglesia, y abriendo agujeros aquí y allí, sin atender al fuego que se les hacía desde el hospital, arrojaban granadas de mano contra los franceses, obligándoles a abandonar el templo al caer la tarde. Toda la noche pasó en tentativas del enemigo para reconquistarlo; pero no pudo conseguirlo hasta el día siguiente, cuando los tiradores del tejado se retiraron, pasando a la casa de Sástago.

XIV

¿Zaragoza se rendirá? La muerte al que esto diga.

Zaragoza no se rinde. La reducirán a polvo; de sus históricas casas no quedará ladrillo sobre ladrillo; caerán sus cien templos; su suelo abrirase vomitando llamas, y lanzados al aire los cimientos, caerán las tejas al fondo de los pozos; pero entre los escombros y entre los muertos habrá siempre una lengua viva para decir que Zaragoza no se rinde.

Llegó el momento de la suprema desesperación. Francia ya no combatía, minaba. Al fin, ¡parece mentira!, nos acostumbramos a las voladuras, como antes nos habíamos hecho al bombardeo. A lo mejor se oía un ruido como el de mil truenos retumbando a la vez. ¿Qué ha sido? Nada: la Universidad, la capilla de la Sangre, la casa de Aranda, tal convento o iglesia que ya no existen. Aquello no era vivir en nuestro pacífico y callado planeta: era tener por morada las regiones del

rayo, mundos desordenados donde todo es fragor y desquiciamiento. No había sitio alguno donde estar, porque el suelo ya no era suelo, y bajo cada planta se abría un cráter.

Ya no se comía. ¿Para qué, si se esperaba la muerte de un momento a otro? Centenares, miles de hombres perecían en las voladoras, y la epidemia había tomado carácter fulminante. Ya no había parientes ni amigos; menos aún: ya los hombres no se conocían unos a otros; y ennegrecidos los rostros por la tierra, por el humo, por la sangre, desencajados y cadavéricos, al juntarse después del combate, se preguntaban: «¿Quién eres tú?, ¿quién es usted?»

Pasó un día después de la explosión de San Francisco; día horrible que no parece haber existido en las series del tiempo, sino tan sólo en el reino engañoso de la imaginación. Yo fui a la calle de las Arcadas poco antes de que se hundieran sus casas. Volví al Coso a cumplir la misión que se me encargó, y por el camino supe que descubierta y comprobada la traición de Candiola, éste fue encerrado en la Torre Nueva, hasta que el consejo de guerra sentenciara sobre el castigo que debía imponérsele. Para no cansaros os diré que el feroz tacaño fue fusilado en la misma plaza de San Felipe al amanecer del día siguiente. Yo tuve la desgracia de mandar el pelotón que puso fin a su aborrecida existencia.

Vete lejos de mí, horrible pesadilla. No quiero dormir. Pero el mal sueño que anhelo desechar vuelve a mortificarme. Quiero borrar de mi imaginación la lúgubre escena; pero pasa una noche y otra, y la escena no se borra. No, yo no soy capaz de quitar a sangre fría la vida a un semejante, aunque un deber inexorable me lo ordene. ¿Por qué no temblaba en las trincheras y ahora tiemblo? Siento un frío mortal. A la luz de las linternas veo algunas caras siniestras; una, sobre todo, lívida y hosca que expresa un espanto superior a todos los espantos. ¡Cómo brillan los cañones de los fusiles!... Los soldados me miran, y yo disimulo mi cobardía frunciendo el ceño. Somos estúpidos y vanos hasta en los momentos supremos. Parece que los circunstantes se burlan de mí perplejidad, y esto me da cierta energía. Entonces despego mi lengua del paladar y grito: ¡Fuego!

Yo estoy exánime; no puedo moverme. Esos hombres que veo pasar por delante de mí no parecen hombres. Están flacos, macilentos, y sus rostros serían amarillos, si no les ennegrecieran el polvo y el humo. Brillan bajo la fruncida ceja los ojos que ya no saben mirar sino matando. Se cubren de harapos inmundos, y un pañizuelo ciñe su cabeza como un cordel. Están tan escuálidos, que parecen los muertos del montón de la calle de la Imprenta, que se han levantado para relevar a los vivos. De trecho en trecho se ven, entre columnas de humo, moribundos en cuyo oído murmura un fraile conceptos religiosos. Ni el moribundo entiende, ni el fraile sabe lo que dice.

Me levanto y doy algunos pasos. Apoyándome en las paredes, avanzo un poco y llego junto a las Escuelas Pías. Un brazo amigo me sostiene y reconozco a don Roque.

«Querido Gabriel —me dice con aflicción—. La ciudad se rinde hoy mismo.

—¿Qué ciudad?

—Esta».

Al hablar así me parece que nada está en su sitio. Los hombres y las casas, todo corre en veloz fuga. La Torre Nueva saca sus pies de los cimientos para huir también, y desapareciendo a lo lejos, el capote de plomo se le cae de un lado. Ya no resplandecen llamas en la ciudad (6). Columnas de negro humo corren de Levante a Poniente, y el polvo y la ceniza, levantados por los torbellinos del viento, marchan en la misma dirección.

«Todo huye, todo se va de este lugar de desolación —digo a don Roque—. Los franceses no encontrarán nada.

—Nada: hoy entran por la puerta del Angel. Dicen que la capitulación ha sido honrosa. Mira: ahí vienen los espectros que defendían la plaza».

En efecto: por el Coso desfilan los últimos combatientes. Son padres sin hijos, hermanos sin hermanos, maridos sin mujer. El que no puede encontrar a los suyos entre los vivos, tampoco es fácil que los encuentre entre los muertos, porque hay cincuenta y dos mil cadáveres, yacentes en las calles, en los portales de las casas, en los sótanos, en las trincheras. Los franceses, al entrar, se detienen llenos de espanto ante espectáculo tan terrible, y casi están a punto de retroceder. Las lágrimas corren de sus ojos y se preguntan si son hombres o espectros las pocas criaturas con movimiento que discurren ante su vista.

No sé lo que me pasa. No me digáis que siga contando, porque ya no hay nada. Ya no hay nada que contar, y lo que veo no parece cosa real, confundándose en mi memoria lo verdadero con lo soñado. Estoy tendido en un portal de la calle de la Albardería, y tiemblo de frío; mi mano izquierda está vuelta en un lienzo lleno de sangre y lodo... Alargo la derecha y toco el brazo de un amigo que vive aún.

«¿Qué ocurre, amigo *Sursum Corda*?

—Los franceses parece que están del lado acá del Coso —me contesta con voz desfallecida—. Han volado media ciudad. Puede ser que sea preciso rendirse. El capitán general ha caído enfermo de la epidemia y está en la calle de Predicadores... Entrarán los franceses. Me alegro de morirme para no verlos. Y usted, señor de Araceli, ¿se ha muerto ya?»

(6) En el original dice: «Ya no resplandecen las llamas de la ciudad». Pero «las» y «de» se encuentran tachadas (N. del E.).

El soldado voluntario, al entrar en su casa, tropieza con los cuerpos de su esposa y de sus hijos. La mujer corre a la trinchera, al parapeto, a la barricada, y busca a su marido. Nadie sabe dónde está: los miles de muertos no hablan, no pueden dar razón de si está fulano entre ellos. Familias numerosas se encuentran reducidas a cero, y no queda en ellas uno sólo que eche de menos a los demás.

Francia ha puesto al fin el pie dentro de aquella ciudad edificada a las orillas del clásico río que da su nombre a nuestra península; pero la ha conquistado sin domarla. Al ver tanto desastre y el fúnebre aspecto de Zaragoza, el ejército imperial, más que vencedor, se considera sepulturero de aquellos heroicos habitantes. Cincuenta y tres mil vidas le costaron a la ciudad aragonesa en el contingente de doscientos millones de criaturas con que la humanidad pagó las glorias militares del imperio francés.

Este sacrificio no será estéril, como sacrificio hecho en nombre de una idea. El imperio, cosa vana y de circunstancias, fundado en la movible fortuna, en la audacia, en el genio militar, que siempre es secundario, cuando, abandonando el servicio de la idea, sólo existe en obsequio de sí propio; el imperio francés, digo, aquella tempestad que conturbó los primeros años del siglo, y cuyos relámpagos, truenos y rayos aterraron a Europa, pasó, porque las tempestades pasan, y lo normal en la vida histórica, como en la Naturaleza, es la calma.

Lo que no ha pasado ni pasará es la idea de nacionalidad que España defendía contra el falso derecho de conquista y la usurpación. Cuando otros pueblos sucumben, ella mantiene su derecho, lo defiende, y sacrificando su propia sangre y vida, lo consagra, como consagraban los mártires en el circo la idea cristiana. El resultado es que España, despreciada injustamente en el Congreso de Viena, desacreditada con razón por sus continuas guerras civiles, sus malos gobiernos, su desorden, sus bancarrotas más o menos declaradas, sus inmorales partidos, sus extravagancias, sus toros y sus pronunciamientos, no ha visto nunca, después de 1808, puesta en duda la continuación de su nacionalidad. ¡Ay del que se atreva a intentar la conquista de esta casa de locos!

El 21 de febrero, tristísimo día, mi entrañable amigo y yo cumplimos el deber de enterrar a Mariquita Candiola. Después de buscarla por toda la ciudad, la encontramos muerta en la calle de Antón Trillo. No tenía ni la herida más leve; ni una gota de sangre manchaba sus ropas; sus párpados no se habían hinchado como en los que morían de la epidemia. Al despedirse con extremos de infinito dolor del cuerpo de la linda joven, Agustín me dijo: «María no ha muerto de nada..., quiero decir que ha muerto de pena y desesperación». Creíamos ver una hermosa imagen de cera. Ved aquí, amiguitos míos, cómo

terminó con horribles amarguras y convulsión trágica el rosado cuento de Agustín Montoria. Antes que llenáramos de tierra su sepultura, Agustín rompió su espada y la arrojó en la fosa... Después, sin cuidarse de enjugar sus lágrimas, dijo a los amigos presentes que era su voluntad encerrarse en el monasterio de Veruela hasta el fin de sus días.

La guarnición, según lo estipulado, debía salir con los honores militares por la puerta del Portillo. Yo estaba tan enfermo y desfallecido que mis compañeros tuvieron que llevarme casi a cuestas. Apenas vi a los franceses, cuando con más tristeza que júbilo se extendieron por lo que había sido ciudad.

Inmensas, espantosas ruinas la formaban. Era la ciudad de la desolación, de la epopeya digna de que la llorase Jeremías y de que el grande Hoxro la cantara.

En la Muela, donde me retuve para reponerme, se me presentó don Roque, el cual salió también de la ciudad, temiendo ser perseguido por sospechoso.

—Gabriel —me dijo— esperaba que en vista de la heroica defensa de la ciudad serían más humanos. Hace unos días vimos dos cuerpos que arrastraba el Ebro en su corriente. Eran Mosén Santiago Sas, jefe de los valientes escopeteros de la parroquia de San Pablo, y el Padre Basilio Boggiero, maestro, amigo y consejero de Palafox. Dicen que a ese último le fueron a llamar a medianoche, so color de encomendarle una misión importante, y luego que le tuvieron entre bayonetas, lleváronle al puente, donde le acribillaron, arrojándole después al río. Lo mismo hicieron con Sas.

—Y nuestro protector y amigo, don José de Montoria, ¿no ha sido maltratado?

—Gracias a los esfuerzos del presidente de la Audiencia ha quedado con vida; pero me lo querían arcabucear... nada menos. A Palafox parece que le llevan preso a Francia, aunque prometieron respetar su persona. ¿Y qué me dices de la hombrada del mariscalazo señor Lannes? Se necesita frescura para hacer lo que él ha hecho. Pues nada más sino que mandó que le llevaran las alhajas de la Virgen del Pilar, diciendo que en el templo no estaban seguras... Nada, hijo..., que se quedó con ellas. Para disimular, ha hecho como que se las ha regalado la Junta.

Don Roque se detuvo para acompañarme y luego partimos juntos. Después de restablecido continué la campaña de 1809, tomando parte en otras acciones, conociendo nueva gente, y estableciendo amistades frescas o renovando las antiguas. Más adelante referiré algunas cosas de aquel año, así como lo que me contó Andresillo Marijuán, con quien tropecé en Castilla, cuando yo volvía de Talavera y él de Gerona.

Podría afirmarse que el manuscrito de Episodios Nacionales para niños pudo surgir, entre otras razones, del deseo didáctico del escritor y del ya incipiente contenido infantil advertidos en determinadas formas literarias de los Episodios. Porque didacticismo y amor al niño fueron preocupación de Galdós, de un modo especial durante los últimos veinte años de su vida. Reducción, selección de relatos, lenguaje, etc... están realizados con la intención de dar una lección de patriotismo a los jóvenes. Es sabido que toda la primera parte de los Episodios Nacionales está basada en la «transformación del pilluelo en héroe», como bien indica Gullón.

Todo ello se establece en la observación psicológica de que el ensueño de todo niño, y más en el desplazado social y familiarmente, es llegar a ser protagonista de grandes acciones.

Ello nos lleva a la conclusión de que en la exposición y desarrollo de estos Episodios para niños lo heroico mítico y lo didáctico patriótico destacan como rasgos y fines más evidentes en el conjunto de la obra, para mostrar los ejemplos de ciudadanía patriótica de un pueblo sacrificado por la causa de su independencia, una guerra justa tras la que triunfa el ideal de la vida pacífica del verdadero ciudadano.

Cubierta e ilustraciones de CASTEJON